

N.º 564



LA ESCENA

REVISTA TEATRAL



287 ref



GLORIA FERRANDIZ

FOTO: BIXIO Y CIA.

LAS DESCENTRADAS Comedia en tres actos, original de Salvadora Medina Onrubia

2/20064:12,564(1929)

PULOIL



Puloil
para el buen
gobierno domés-
tico hace que la casa,
desde el zaguán a la
cocina, se sostenga de un
modo decoroso e higiénico con
poca inversión de dinero

**Cada tarro vale 30
centavos y alcan-
za para un mes**



Nómina de las últimas obras publicadas por "LA ESCENA"

526. Por la calle va la vida. Sainete en 1 acto, de A. Vacarezza.
527. Gran circo Rivolta. Drama grotesco en 1 acto, de M. Romero.
528. Giácomo Mussolini. Sainete en 1 acto, de A. De Bassi y A. Botta.
529. La gloria del niño Jorge. Comedia en 1 acto, de P. B. Aquino.
530. El Cadenero. Comedia en 3 actos breves, de C. Darthés.
531. Pibe recién nacido, se necesita. Pieza cómica en 2 actos, de F. Mertens y L. Rodríguez Acasuso.
532. ¡Locos de remate! Pieza cómica en 2 actos, de O. Sargenti.
533. En la timba de la vida. Sainete en 1 acto, de C. P. Cabral y J. A. Caruso.
534. Se necesita un embajador. Pieza cómica en 2 actos, de M. Sofovich y E. Gutiérrez.
535. Colón era gallego. Sainete en 1 acto, de J. F. Escobar.
536. El escándalo del día. Pieza en 1 acto, de C. C. Lenzi.
537. Entró a tallar Don Hipólito. Comedia en 1 acto, de Maroni y De la Vega.
538. Filo Misho. Sainete en 1 acto, de Martinelli Massa e I. R. Aguilar.
539. Ahogarse... y salvar la ropa. Pieza cómica en 1 acto, de C. Goicoechea y R. Cordone.
540. ¡Musolino! Sainete en 1 acto, de E. Trongé.
541. La piedra de escándalo. Drama en 3 actos, de M. Coronado.
542. La hermana Maria. Drama en 3 actos, de J. J. Berrutti.
543. El clásico del amor. Comedia en 2 actos, de J. Villalba y H. Braga.
544. Nos cayó de arriba un cura. Sainete en 1 acto, de A. J. Ballesteros y A. De Bassi.
545. Carlitos Chaplin. Grotesco en 1 acto, de C. Bourel.
546. La chacra de Don Lorenzo. Drama en 3 actos, de M. Coronado.
547. Metejón, Berretín y Cía. Sainete en 1 acto, de C. Ratti y J. A. Bruno.
548. ¡No pregunto cuántos son!... Sainete en 1 acto, de J. A. Caruso.
549. El infierno de Dante. Pochade en 1 acto, de R. M. Cabrera.
550. Compadrón y guitarrero. Pieza en 1 acto, de A. E. Godel.
551. Cuando bronca el temporal. Sainete en 1 acto, de E. Marsili.
552. ¡No se jubile, don Pancho! Sainete en 1 acto, de E. Alippi y A. Botta.
553. Toda una mujer. Comedia en 1 acto, de V. de la Vega.
554. "Los Hinchas". Sainete en 1 acto, de J. I. Robles y A. P. Cortazzo.
555. ¡La cosa es no trabajar! Pieza en 1 acto, de A. De Bassi y A. Botta.
556. ¡Lujuria! Pieza en 2 actos, de Jorge Downton.
557. Chispazos. Comedia en 2 actos, de E. Capdevila.
558. Estoy solo y la quiero. Comedia en 3 actos, de A. Moock.
559. ¡Voy derecho a Cardenal! Comedia en 1 acto, de A. J. Ballesteros y C. E. Ossorio.
560. El padre Liborio. Pieza en 1 acto, de P. Heart y M. Flores.
561. Juancito de la Ribera. Romance del arrabal en 1 acto, de A. Vacarezza.
562. El gaucho negro. Pieza en 1 acto, de C. Martínez Payva.

PROXIMO NUMERO:

EL TENIENTE PEÑALOZA

de ALBERTO VACAREZZA

que ha constituido el más grande éxito de la Compañía Ruggero en la temporada 1928 y que con "El cabo Rivero" del mismo autor, fueron las obras que alcanzaron mayor número de representaciones en el año anterior.



El chiste de la semana

Por los aplaudidos actores
CESAR y PEPE RATTI



- Pero hermano, ¿qué te pasó ayer con esa equivocación?
—¡Callate, qué fenómeno!
—¿Y cómo fué?
—Estaba distraído mirando a un tipo de la platea, todo des-
peinado, y en la frase esa de: "Domina tus actos, Alfredo",

dije: **Gomina** Brancato al pelo.

—Ja, ja, ¡qué gracia!

Créditos

EN 10 MENSUALIDADES.

Tramitación Liberal y Rápida.

No cobramos anticipo de ninguna clase.

TIENDA

LA PIEDAD

B^{ME} MITRE ESQ. CERRITO.



LA ESCENA

REVISTA TEATRAL



Fundada el 4 de Julio de 1918
APARECE LOS JUEVES

Dirección y Administración:

PARANA 754

U. Telef. 2926 Juncal

Administrador:

JOSE COLETTI

Año XII

Buenos Aires, Abril 18 de 1929

Nº 564

LAS DESCENTRADAS

Comedia en tres actos, original de
SALVADORA MEDINA ONRUBIA

Estrenada en el teatro Ideal, por la compañía Artistas Unidos,
el 9 de marzo de 1929

REPARTO :

(Por orden de aparición en escena.)

ELVIRA ANCIZAR de López Torres	G. Ferrandiz
GRACIA MEURER.....	T. Serrador
SEÑORA DE MEURER.....	B. Vidal
CHINITA	B. Tapia
JORGE MEURER.....	E. Roldán
JUAN CARLOS GUTIERREZ.....	J. Casamayor
EL DOCTOR LOPEZ TORRES.....	L. Cerry
BAUDRIX.....	C. Morales
RAMIREZ.....	E. Bulterini
BLANQUITA.....	C. Pérez Molina
ADELINA.....	L. Caviglia
MUCAMO DEL HOTEL.....	E. Vidal
COMISARIO.....	P. Laxalt
UN SEÑOR QUE NO HABLA.....	D. Pagano
GLORIA BRENA.....	L. Barausse
MUCAMA DE GLORIA.....	M. Sapelli



ACTO PRIMERO

Presenta la escena amplio hall amueblado con lujo de la casa Meurer. Escalera para las habitaciones altas. En el recodo, sofá y sillones forman un rincón confortable. Al foro, izquierda, vestíbulo por el que se ve pasar gente que entra al salón. A la derecha, puerta al comedor. Foro, derecha, salón.

(Al levantarse el telón, están en escena ELVIRA y GRACIA. Elvira, vestida de visita. Impecablemente elegante. Gracia, de casa. Gracia tiene veinte años y es una criatura inmaculada como su nombre. Elvira tiene treinta años. La edad perfecta de la mujer, según algunos literatos con éxito entre las señoras. Es alta y magníficamente pálida. Está Gracia tumbada en un sillón, en cuyo brazo, casi a caballo. Elvira le acaricia la frente y apartándole los cabellos, la mira en los ojos. Hablan.)

ESCENA I

GRACIA y ELVIRA

ELVIRA.—Qué linda eres, Gracia. Qué frente tan blanca, qué ojos tan claros tienes. Cuando te miro así, pienso en la luz del sol, en el agua fresca, en todo lo bueno, en todo lo puro... (La besa en la frente y se levanta.)

GRACIA.—(Rechazándola mimosamente.) Loca, déjame. Soy como las otras. Solamente que vos además de verme con tu cariño, me ves con tu manía.

ELVIRA.—¿Con qué manía?

GRACIA.—Con la poética. (Riendo.) ¿Ya no haces más versos?...

ELVIRA.—(Se pasa la mano por la frente, suspira y viene a sentarse frente a Gracia.) Ya no hago más versos, tesoro. Hace muchos años. Me conformo con tener sobre mis hombros toda la prosa de la vida... (Pausa. Transición.) ¿Te acuerdas cuando vos ibas a la escuela, todos los ditirambos que canté a San Martín y a Belgrano?

GRACIA.—Qué no me voy a acordar... El corte que me daba yo en la clase de declamación. La maestra me los pedía para hacérselos copiar a las otras.

ELVIRA.—Cómo pasan los años. Me parece que era ayer... ¿Te acordás de la escuela? Tenía un patio grande de ladrillo lleno de naranjos. En el pueblo decían que estaba asombrada. Que de noche en ella los fantasmas arrastraban cadenas...

GRACIA.—Y desde el obscurecer ya nadie pasaba por esa vereda. Ibamos por la de enfrente y calladitos... Algo había, che...

ELVIRA.—Yo, después de cenar, me escapaba a mirar por las ventanas. Horas. Nunca vi nada.

GRACIA.—Hasta de chica has sido fantástica vos...

ELVIRA.—Después la tiraron. Pobre vieja escuela. En nombre del adelanto del pueblo, mataron tus fantasmas. Estaban allí bien. Ellos nos enseñaban a soñar. (Suspira.) Me da pena acordarme de estas cosas, es tonto, ¿verdad? Pero son tan hermosas las cosas lejanas que nos hicieron sentir mucho. Cuando seas vieja como yo sabrás lo que valen algunos recuerdos...

GRACIA.—Vieja, vos... (Ríe, cuenta con los dedos.) Hace diez y seis días que cumpliste treinta años. Y nadie te los da...

ELVIRA.—Eso sí es verdad. Nadie me los da... de lejos. Pero mirándome cerquita el espejo como yo me miro... No me hago ilusiones. Nuestra señora la vejez señaló ya en mi cara con su dedo fino el lugar donde van a marcarse las arrugas. (Ríe.) Me lo tapo con polvos... Si yo tuviera ahora mi cara de rosa de los veinte años. Tú tienes veinte años... Los gloriosos veinte años que ya no vuelven... (Suspira.) A tu edad me casé yo... Veinte años...

GRACIA.—Gran cosa. Diez años...

ELVIRA.—No dirás eso cuando hayan pasado por tí... Cuando seas como yo, una mujer casada... y cansada...

GRACIA.—¿Es un chiste?...

ELVIRA.—Quizá. Cansada. Cansada. Sin una ilusión... Cómo nos caen encima los años y la vida. Casarse, Gracia... Cómo ansiamos casarnos las mujeres. Vivir, cambiar... Y nos casamos.

GRACIA.—Ya empiezas, Elvirota. Cállate. No me desilusiones. Todas las amigas casadas son iguales. La que te dice cosas trágicas. La que te dice cochínadas. Todas.

ELVIRA.—Yo no. Perdóname. Conserva tu ilusión, que es lo único que te dará tu formal amor de niña pura. Además, te digan lo que te digan, rfe... No hay palabras que puedan matar la ilusión... La ilusión de amor, dura poco... (Ante los ojos de Gracia.) o mucho, tesoro. Pero es ciega, sorda, egoísta. Vive su vida intensamente. Nace y muere brutalmente. Y como nadie puede matarla, nadie tampoco puede hacerla revivir. Además, no eres tú de las que fatalmente se desilusionan...

GRACIA.—Oh, no... No pienso desilusionarme. Me has dicho tantas veces que soy una mujercita vulgar...

ELVIRA.—¿Yo te he dicho eso?...

GRACIA.—Sí. Sí... Nunca te acuerdas de lo que dices.

ELVIRA.—Tienes razón... Pero no eres vulgar... No. No sabe tu novio lo que se lleva... Hoy no se encuentran novias como tú. Estás hecha de la pasta de las felices... (Suspira.)

GRACIA.—¿Y vos?

ELVIRA.—¿Yo?... Yo soy de las otras.

GRACIA.—Hay que respetar las manías... Vos, desgraciada... Es gracioso. Como dice mamá, la suerte tuya no se ve dos veces... Metida allá en el pueblo, pescarte nada menos que un ministro.

ELVIRA.—Entonces era sólo senador...

GRACIA.—Y millonario... La plata, che, es una gran cosa...

ELVIRA.—Y tanto... Eso no lo discuto.

GRACIA.—Bueno, ¿y qué más querés?...

ELVIRA.—Tenés razón, qué más quiero... Es que soy chiflada; tendré que decir como Gloria...

GRACIA.—Ya salió Gloria... ¿Qué dice, Gloria?

ELVIRA.—Dice, que bendice su chifladura, que es en ella una especie de vacuna.

GRACIA.—¿Vacuna?...

ELVIRA.—Contra la locura completa...

GRACIA.—Más loca de lo que es... Decime si no tiene razón tu marido en no querer que seas amiga de Gloria.

ELVIRA.—Mi marido tiene siempre razón en todo.

GRACIA.—¿Y entonces?... ¿Por qué no le haces caso?...

ELVIRA.—Por eso. Porque tiene demasiada razón. No hay que abusar ni de la razón...

GRACIA.—No, che, pero en lo Gloria... Ya ves; nosotras no somos ningunas ridículas. La recibimos siempre. Pero cuando se escapó con los chicos, el bochinche del pleito... fué horrible.

ELVIRA.—Claro. Mientras tuvo hogar, marido, hijos... Pero, sola, cuando una ley absurda le quitó sus hijos, cuando necesitaba de todos... ¿Qué habría dicho la sociedad si se la recibía?...

GRACIA.—¿Lo dices con ironía?...

ELVIRA.—No. Con amargura. Mira, amor: Cuando pasen años, cuando tus ojos claros y limpios hayan llorado, serás más comprensiva y más inteligente... Pobre Gloria... Tenía ella la culpa...

GRACIA.—Debía soportarlo como todas. No es motivo para deshacer un hogar, el de que se sentía "incomprendida"; además, fueron novelerias... Te acordás de cómo lo quería. Todo lo hizo cuando se casó.

ELVIRA.—Y fué eso. Vivir con un marido a quien no se ama... pase. Es lo común. Pero vivir con uno a quien "ya" no se ama...

GRACIA.—A veces no te entiendo...

ELVIRA.—Y que el buen Dios libre a tu corazoncito por siempre de entenderme... que jamás enrede tu alma en los hilos sutiles de la angustia... de Gloria... y de tantas...

GRACIA.—No, che... Yo estoy libre. Nunca fui novelera... Además, como dijo tu marido, esas cosas no están en el código... Y ella se fué de su casa.

ELVIRA.—Dame un beso y hablemos de otra cosa. Hay dobleces en tu corazoncito que no quiero ver.

GRACIA.—¿Es malo que no quiera a Gloria?...

ELVIRA.—Malo, no, Mezquinito... Hablemos de tu novio. ¿Cómo es? ¿Buen mozo? Contame.

GRACIA.—A mí me gusta... Es muy simpático...

ELVIRA.—Y muy inteligente... Y eso que es periodista, ¿eh?... Y a pesar de ser periodista, tiene también ingenio... Es amigo de Gloria, ¿eh? Te doy el dato... Trabajan en el mismo diario... Las cosas que le ha dicho a mi marido... (Ríe.) Hizo temblar dos Ministerios con un chiste...

GRACIA.—Olvidate de eso. Ya no volverá a suceder.

ELVIRA.—¿Por qué me voy a olvidar si me hace muchísima gracia? Yo admiro la insolencia en todas sus manifestaciones.

GRACIA.—¿Qué cosa! Cuando Jorge lo trajo a casa, él ni se sospechaba que éramos tan amigos...

ELVIRA.—¿Y de dónde lo sacó Jorge?

GRACIA.—Vos sabés que Jorge ha escrito una obra de teatro...

ELVIRA.—Ese Jorge. Ya no le falta nada. Mirá si se iba a quedar él sin su drama... ¿O es sainete?

GRACIA.—Drama. Vos dirás que es malo, claro, pero fué mi felicidad. En cuanto se hicieron amigos, Juan Carlos empezó a festejarme. Yo no te lo escribía porque como tu marido...

ELVIRA.—¿Y qué le importaba a mi marido?

GRACIA.—Nada... Pero...

ELVIRA.—Ya ves; lo que pensó, se lo calló.

GRACIA.—Pero no viene esta tarde.

ELVIRA.—Vendrá a buscarme. Le presentaremos a tu novio.

GRACIA.—Ya verás; y los diarios de la oposición no se meterán más con él.

ELVIRA.—Gracia, tienes alma de político. Ahora me explico por qué mi marido...

GRACIA.—Dice mi novio que estas cosas de política no influyen para nada en la futura amistad de los hombres.

ELVIRA.—Los hombres y la política son una cosa tan particular...

GRACIA.—Yo sabía que iban a hacerse amigos. Por eso no quise que me diera el anillo hasta que ustedes vinieran... En el día de mi compromiso quería tener cerca toda mi gente querida... Te acordás de cuando vos te comprometiste... Qué fiesta dió tu mamá...

ELVIRA.—Pobre mamá... Fué su último día feliz... Ya estaba tan enferma...

GRACIA.—Bueno. No te entristezcas.

ESCENA II

ELVIRA, GRACIA, SEÑORA MEURER y CHINITA, que entra y sale con mate.

SEÑORA.—(En traje de casa, paquete.) Gracia, hijita, ¿todavía sin vestir?

GRACIA.—¿Y vos, mamá?

SEÑORA.—Yo estaba ocupada arreglándolo y disponiéndolo todo bien. No quiero que cuando haya gente me estén llamando... ¿Qué hacían acá?...

GRACIA.—Conversando.

SEÑORA.—¿Y no podían conversar en tu cuarto mientras te vestías?

ELVIRA.—(Con mimo.) Señora... a mí me "esgunflan" las escaleras.

GRACIA.—Ya subo, mamita. Estoy cansada...

SEÑORA.—Siempre estás cansada vos... (La mira despectivamente.)

Entra la chinita con mate. Elvira se lo arrebató con grandes exclamaciones.)

ELVIRA.—Ay, mate... traé, m'hijita... Qué delicia es el mate... Hace tres meses que no tomo más que té... ¡puah!... nuestro mate. Nos hacemos

elegantes... (Hablando al mate.) Negrito querido. Criollito de mi tierra... Eres lo que más me gusta en el mundo... Será porque mi marido te odia...

SEÑORA.—Déjalo en paz a tu marido... Hasta con el mate lo criticas... Pobre López Torres... Las ganas que tengo de verlo... Mirá que no encontrarlo anoche...

GRACIA.—Y el apurón que se dió... (Ríe.)

ELVIRA.—Hay que disculparlo, "Alguien" lo esperaba impaciente. Salió de Mar del Plata una semana antes que nosotros...

SEÑORA.—Cállate, ¿querés? Qué ganas de hablar de vicio...

ELVIRA.—Sí, de vicio hablo...

SEÑORA.—Claro que de vicio... No digo que sea un santo... Tendrá sus cosas. Para eso es hombre. Las mujeres inteligentes no miran nunca lo que hacen los hombres. No lo saben.

ELVIRA.—(Riendo.) Ellos tienen sus derechos...

SEÑORA.—Aunque yo no creo nada, hija, ¿sabés? Un hombre tan serio, tan de respeto...

ELVIRA.—¿Serio?... No sé cómo se ríe... Y si no es de respeto, con su edad.

SEÑORA.—Muy buena edad que tiene. También querrás decir que es viejo.

ELVIRA.—No me lleva más que veintiséis años. Casi nada.

SEÑORA.—Preferirías un mocoso como el novio de ésta.

GRACIA.—Mamá, un mocoso de treinta años...

SEÑORA.—Veinte me llevaba tu padre, y bien feliz que fui. Una mujer debe poder respetar a su marido... Y decime... Qué lo vas a respetar vos a tu novio... Diarero. Sin juicio, derrochador... una monada el mozo. (A Elvira.) Lo conocerás. Verás qué alhaja que se ha conseguido...

ELVIRA.—Ya lo modificará usted cuando sea su yerno.

SEÑORA.—Claro... Verás vos...

ELVIRA.—(Riendo.) No lo vaya a asustar todavía. (Entra la china con mate.) Qué suegra va a ser usted. Así. (Un gesto grosero. Ríen las dos. La señora no oyó qué decían.)

SEÑORA.—¿Qué?... ¿De qué se ríen?

GRACIA.—Nada, una pavada de ésta.

SEÑORA.—Como siempre... Se conoce que no tienen mucho en qué pensar que eternamente se están riendo.

ELVIRA.—Y para qué pensar...

GRACIA.—Claro, che, se vive igual.

SEÑORA.—Esperen ustedes que yo les falte, que no tengan quien piense por ustedes... Vos, (A Gracia.) con el marido que has elegido, vas a tener que aprender a usar los sesos, mi hijita, hasta para comprarte unas chinelas.

ELVIRA.—(Muy mimosa.) No... Usted hará con ella como conmigo... Verdad que me la va a prestar a Juana. Me la deja, ¿quiere?

SEÑORA.—Agarrala... Pero decime si no te da vergüenza. Ya es la tercera cocinera perfecta que te doy. Y en cuanto las tienes dos meses... Yo quisiera saber qué haces vos con los sirvientes, que se enloquecen en tu casa.

ELVIRA.—Y, nada... Yo qué sé...

SEÑORA.—Es la última que te doy... Estoy cansada de ser profesora de tus cocineras.

ELVIRA.—No sea mala... déjemela, de verdad, ¿eh? Si usted no tuviera cocineras para amaestrar y para rezongar con ellas... ¿qué haría? Y si no me tuviera a mí para enseñarme a vivir, ¿qué haría?

GRACIA.—(Imitándola.) Y si no me tuviera a mí para decirme gansa, ¿qué haría?

SEÑORA.—¿Y qué querés que te diga, hija; que te diga viva?... Mirá, cada vez que te miro y pienso en que te vas a casar con ese atorrante, no sé qué te diría. Gansa sería lo menos. Pero vos te das cuenta, Elvirita, de la elección de la niña... Para eso la he criado... Lo que es a vos, no tendré que enseñarte cocineras ni modistas, no.

GRACIA.—Bueno, me enseña a mí, me lo haré yo.

SEÑORA.—Para lo que vas a tener que cocinar, sabés suficiente, mi hijita, con cebar mate.

ELVIRA.—No te aflijas, Gracita. Yo los voy a convidar a comer todos los días. Y el bebé va a ser para mí, no para ella.

GRACIA.—Loca...

ELVIRA.—¿Por qué loca?... ¿No pensás en un bebé?... Si Dios me hubiera dado un bebé a mí...

SEÑORA.—También te lo hubiera tenido que criar yo...

ELVIRA.—Eso sí que no. (Con algo de amargura.) Por qué no habré tenido un hijo yo... ¿Sabes? Si yo hubiera tenido un chico... Hasta lo adoraría a mi marido. Me parecería Rodolfo Valentino. Tenelo vos, Gracita, por mí.

SEÑORA.—Seguro que yo voy a dejar la criatura en manos de ustedes. Y después, gansa... querría ver cómo le mudarías los pañales; estoy segura de que le darías la mamadera fría. Lo matarías. Es inútil, tendrán que vivir conmigo.

ELVIRA.—Su yerno va a vivir con usted... ¿Usted lo va a tener aquí?

SEÑORA.—Y qué te crees. Que voy a dejar que se lleve por ahí la chica... mi hijita, mi hija es mía, ¿sabes?, y no voy a dejar que me la lleve ningún atorrante. Tendré paciencia, ya que a la niña se le ha ocurrido eso también, y le aguantaré el marido. ¿Qué le voy a hacer? ¿No le tengo a esas dos fieras que ladran toda la noche y muerden al que se arrima? Espero que tu marido no morderá a nadie ni ladrará de noche. Cuando me cansé de ellos me iré a la estancia, o me iré con vos, que bastante falta te hago a vos también... ¿Pero vos te crees que me lo van a agradecer?... Vivirán hablando mal de la suegra: ya el joven me hace chistes.

ELVIRA.—(Besándola de golpe.) Qué buena es usted. Cómo la quiero. Viva mamita...

SEÑORA.—Mira, dejame tranquila hoy que no tengo ganas de fiestas. (Por la CHINITA, que entra y sale con el mate.) Mirá esto; como para estar tranquila. En cuanto vaya a la estancia, se la dejo a la madre. ¿Has visto el mate que ceba? Es lo único que hace. Ceban ese mate, meter los dedos adentro de todos los postres y dejarse pellizcar por el chauffeur.

ELVIRA.—Ajá. Y eso hacés vos. ¿No tenés vergüenza? ¿Con el chauffeur de la señora? Ni vergüenza ni gusto tenés. Andá, salí a la vereda y mirá el mío, que te va a gustar más. Vas a ver cómo cambiás. El mío es mejor. Tiene hasta una escarapela argentina en el gorro. Andá, miralo. (La chica sale con el mate, toda azorada.)

SEÑORA.—Pero Elvira. Foméntame la disolución de esta chica, ahora. (Gracia ríe a carcajadas.) Y vos, gansa; reite. Mirá, andá a vestirme, que las horas se pasan y todavía tu novio te va a abandonar si no te encuentra elegante. Vieras las toilettes que se hace: por detrás, por delante, cremitas, pinturitas, uñas pintadas, un vestido diario, perfumes de odalisca... Y lo vas a ver al novio: lo vas a ver, Elvirita, lo vas a ver. Parece un boxeador, ¿sabes? Con unas manos así, y unos pies así... y diarero; y que, como todos los diareros, será mujerleigo. Ya lo veo campaneándose a las bataclanas... Y a esta soltando lágrimas...

GRACIA.—Mamita... Cómo sos, mamita...

SEÑORA.—Llorá ahora un poquito por adelantado... Anda... marcha a vestirme, que va a llegar tu alhaja y todavía estarás en veremos...

GRACIA.—(Subiendo lentamente la escalera.) Vení, mamita...

SEÑORA.—(La sigue.) Ya voy, sí... (A Elvira.) Mirá, Elvirita, date una vuelta por el comedor. Ve si está bien. Fíjate en ese mozo que me han mandado de la confitería. Parece medio azonzado...

GRACIA.—(Desde arriba.) Mamá, lo has de haber azonzado vos con tus recomendaciones, como a mí...

SEÑORA.—Callate, atrevida... (Entran. Sale Elvira riendo para el comedor.)

ESCENA III

JORGE y JUAN CARLOS

(Entran por el vestíbulo de la calle.)

JORGE.—Han de estar arriba. Voy, y de paso me embellezco un poco yo también.

JUAN.—He venido muy temprano, pero conste que es por culpa tuya, Jorge.

JORGE.—Mira. Entretenete fumando. De todos modos, sos casi de la casa.

JUAN.—Bueno. Fumaré. (Jorge sube; Juan Carlos se sienta en el sofá y fuma un cigarrillo.)

ESCENA IV

JUAN CARLOS, ELVIRA y CHINITA

(Entra Elvira del comedor, con el mate, seguida de la Chinita; lo termina y se lo da.)

ELVIRA.—Tomá, vieja. No me des más. Está fierísimo tu mate. Tiene razón la señora. Andá con todo arriba y lo seguís allá. Le decís que todo está bien; que no es tan zonzo el mozo como parece; que hay unos merengues de Chantilly colosales. ¿Entendés? Colosales. Y que ya te los has diezmado vos... Che, qué te resulta mejor: ¿los merengues o el chauffeur?

CHINITA.—Niña Elvira... Pero niña Elvira...

ELVIRA.—Bueno, andá, hacés bien; andá... comete los dulces y amá, que eso es lo único que vos vas a sacar de la vida. Pero deberías de elegir mi chauffeur, que es más buen mozo. De ése vas a tener un chico chueco. Vas a ver.

CHINITA.—Pero niña Elvira. No sea mala usted también.

ELVIRA.—Mirá, no me llores. Yo te conozco a vos. Andá mañana a casa. Vas a ver qué te doy. Así le coqueteás al chauffeur y al vigilante.

CHINITA.—Bueno, niña Elvira. ¿Qué es, niña Elvira?

ELVIRA.—(Imitándola.) ¿Qué es, niña Elvira? Bueno, niña Elvira... Mañana verás. Ahora andate. Déjame en paz.

CHINITA.—Sí, niña Elvira. Gracias, niña Elvira. (Sale feliz. Elvira la mira irse con una sonrisa triste, indefinible; suspira, se mueve, ondula con un gesto íntimo de fatiga, reacciona, se pasa la mano por la frente con el gesto de tirar una idea, y se adelanta silbando y marcando un paso de tango. Juan Carlos, cuando ya está cerca, se levanta; ella recién lo ve.)

JUAN.—Qué bien silba usted, niña Elvira.

ELVIRA.—(Sorprendiéndose.) Hola... Encantada, señor Juan Carlos Gutiérrez.

JUAN.—Encantado yo de que usted me conozca.

ELVIRA.—No. No lo conozco a usted. Fué un pálpito nomás. En cambio, usted sabe cómo me llamo.

JUAN.—He oído a ese pichón de entrerriana, encargada del mate y receptor de los nervios de esta casa, que es usted la niña Elvira.

ELVIRA.—Entonces ya me conoce. (Sentándose.) Me ocuparé de entretenerlo un tiempo que puede variar de diez minutos a diez horas: Las señoras se visten.

JUAN.—Deploro, niña Elvira, que nadie me haya presentado a usted.

ELVIRA.—No hace falta. Charlaremos mejor. Tengo un gran interés en conocer a usted bien; y no hay cosa que estorbe más para conocerse, que el conocerse.

JUAN.—Niña Elvira. Creo que eso se llama paradoja.

ELVIRA.—Sí. Bueno. Pero no me diga niña Elvira, que me pone nerviosa.

JUAN.—¿Y cómo le digo?

ELVIRA.—Elvira, nomás.

JUAN.—Discúlpeme, Elvira, entonces. ¿Le molesta el cigarro? (Va al cenicero y lo tira.)

ELVIRA.—Al contrario, me encanta. ¿Ya lo ha enseñado la señora a buscar el cenicero?

JUAN.—(Sentándose.) Y como usted ve, soy un discípulo aprovechado.

ELVIRA.—Lo felicito.

JUAN.—¿Por la suegra?

ELVIRA.—Por todo.

JUAN.—Tendré la crema de las suegras, ¿verdad?

ELVIRA.—¡Hola! ¿Usted también cultiva el placer de los dioses?

JUAN.—No sé. ¿Se puede saber cuál es?

ELVIRA.—La ironía, precioso, la ironía...

JUAN.—A veces la cultivo. Es mi oficio.

ELVIRA.—Su oficio es encantador; delicioso simplemente. Magnífico...

JUAN.—¿Le parece? Pues yo mejor quisiera ser chacarero o guarda de tranvía.

ELVIRA.—Pues yo quisiera ser periodista.

JUAN.—Hay gustos muy raros.

ELVIRA.—El de comprometerse, por ejemplo.

JUAN.—Sí que es un gusto raro. Bueno, todos pasamos en la vida por un momento de esos.

ELVIRA.—(Mirándole sonriente.) Juan Carlos Gutiérrez. El sempiterno bohemio, el que despreciaba a todas las mujeres, el sonriente manfichista, el enamorado de Vithi Delmon... (Declama.) Vithi, tu extraordinaria, tu magnífica.

JUAN.—¿Cómo sabe?

ELVIRA.—Yo sé tantas cosas. Se casa como un burgués cualquiera y elige para casarse la más ingenua, la más dulce, la más simple de las provincianitas.

JUAN.—Eso prueba de que el aludido es un hombre de talento.

ELVIRA.—Sí usted lo dice. Pero hay en la vida cosas desconcertantes. (Ríe.)

JUAN.—¿De qué se ríe?

ELVIRA.—De usted.

JUAN.—Gracias.

ELVIRA.—¿Y usted qué me mira?

JUAN.—Su cara me es familiar. Yo la conozco a usted.

ELVIRA.—No.

JUAN.—Sí, estoy seguro.

ELVIRA.—Me habrá visto al pasar, pero no me conoce.

JUAN.—Su risa, su voz...

ELVIRA.—Eso sí, ya lo creo que sí. (Ríe.) Solamente la voz y la risa.

JUAN.—¿Por qué me intriga?

ELVIRA.—Yo no lo intrigo.

JUAN.—Me hace sufrir, no recordar.

ELVIRA.—Pobrecito... Sufre... ¿Y yo? Yo sufro el desencanto de su olvido...

JUAN.—Dígame, por favor.

ELVIRA.—(Duda y se decide.) ¿Se acuerda, Juan Carlos, de un complicadísimo asunto de un extravagante Ministerio, donde habían empréstitos raros, cartas autógrafas de ministros, doces y medios por ciento, contrabandos de libras y otros excesos? ¿Qué campañón que hizo su diario! Con datos telefónicos de fuente insospechada.

JUAN.—Usted. ¿Era usted? ¿Y quién es usted?

ELVIRA.—Elvira.

JUAN.—¿Pero Elvira, qué? Es claro, usted, al parecer, íntima de esta casa. Será también amiga de los López Torres, y por ellos...

ELVIRA.—Ha acertado usted.

JUAN.—Pero interiorizarse tanto.

ELVIRA.—Ahí está el secreto. Mire, hay cosas que me indignan. Esa fué una. A pesar de ser mujer, me permito el lujo de tener ideas, ¿sabe? Yo tengo ideas boxeadoras.

JUAN.—¿Qué?

ELVIRA.—Boxeadoras. Ideas que se dan directos y crosses y swings con la vida.

JUAN.—Es peligroso boxear con la vida.

ELVIRA.—¿Por el knock-out? No hay cuidado. En ese mi heróico match, usted me ayudó maravillosamente. Muchas gracias. (Se levanta, se pone delante de él y lo saluda; luego se da vueltas para que él la mire.) Míreme, míreme bien ¿Le pareceo un leader de prohibidades políticas? Bueno, yo soy eso. Yo soy un leader cívico. Entonces, impedí que cierta camarilla se embolsara millones... millones... Trabajé como una especie de maquiavello de la rectitud. No podía sola. Y pensé en usted, que ya había hecho esa formidable campaña de ridículo contra López Torres.

JUAN.—¿Cómo sabía que era yo?

ELVIRA.—¿No le digo que yo sé demasiadas cosas?

JUAN.—¿Conque era usted? Hubo un tiempo en que pensé mucho en usted.

ELVIRA.—Por eso, en medio de las cosas prosaicas de que hablábamos, me decía usted píropitos.

JUAN.—Mis excusas.

ELVIRA.—Retírelas ligero. Me encantaban esos píropitos. Oímos tantas estupideces en sociedad, que cuando nos dedican una frase con ingenio, debemos agradecerla aunque sea insolente.

JUAN.—¿Conque era usted? Pero si somos viejos amigos... Qué sorpresa más grande.

ELVIRA.—Y que dentro de un rato será mayor.

JUAN.—¿Por qué dentro de un rato?

ELVIRA.—Verá. Yo no debía haberme descubierto. Usted dirá que soy un monstruo.

JUAN.—¿Un monstruo?... No...

ELVIRA.—Sí.

JUAN.—En el peor de los casos, diré que es usted una mujer.

ELVIRA.—Gracias, en nombre del sexo.

JUAN.—Bueno. Ahora hablemos de los López Torres.

ELVIRA.—¿Mal?

JUAN.—Por supuesto... Parece que la señora... Pero usted la conoce... no vaya yo a...

ELVIRA.—No, no la conozco...

JUAN.—Como me dijo...

ELVIRA.—Le juro que creo que es la única persona en el mundo que yo no conozco. Despáchese a gusto, rico...

JUAN.—Parece que es íntima de mi suegra... Mi novia la adora... Tendré dos suegras... Encantadoras las dos...

ELVIRA.—Parecidas...

JUAN.—Hombre... Se llama Elvira, como usted.

ELVIRA.—Sí, es una casualidad.

JUAN.—Además, la señora canta y declama en las reuniones... Hágame el favor...

ELVIRA.—Canta solamente...

JUAN.—Hoy cantará...

ELVIRA.—No cantará ya...

JUAN.—Es lo mismo. Esa pareja de vejstorios políticos me amarga la vida. Es lo único desagradable de esta casa. Calcule lo violento que estaré.

ELVIRA.—Se arreglarán las cosas. Se estrecharán la mano.

JUAN.—Y perderé el cliente.

ELVIRA.—Consuélese. Yo, en cambio, le daré los datos para otro "potin" delicioso. Esta vez es diplomático...

JUAN.—¿Y me hablará por teléfono como antes? No sabe cómo extrañé sus charlas. Es usted una amiga encantadora.

ELVIRA.—¿Le gusta a usted ser amigo de mujeres?

JUAN.—Inefablemente.

ELVIRA.—Me lo explico. A mí no. Hablar con mujeres, me opia, me estufa, me esgunfia.

JUAN.—¿Qué, qué? ¿Qué es eso?...

ELVIRA.—Lunfardo puro. Un idioma encantador. Yo lo he adoptado para mi uso personal.

JUAN.—Es usted pintoresca. Alégrese, si le digo una cosa.

ELVIRA.—¿Qué cosa?

JUAN.—Usted no me hacía, ni me hace, el efecto de una mujer. Su voz me desconcertaba. Charlando, se me ocurría que podía ser usted un muchacho. Un buen camarada con quien podía tener deliciosas conversaciones de sobremesa. Filosofar, alacranear...

ELVIRA.—Eso último, seguro... A mí me encantaría ser un muchacho. Saldríamos juntos. Conversaríamos. Yo fumaría cigarrillos con las piernas

cruzadas y tendría el divino derecho de poder hacer todo lo que se me ocurriera.

JUAN.—Qué equivocada está... Ahora es cuando lo tiene.

ELVIRA.—¿Ahora?... No. Ahora soy mujer... Calcule si quisiera ser su amiga, su camarada.

JUAN.—Yo estaría encantado.

ELVIRA.—Y me diría cursilerías. Se creería denigrado si no me hacía el amor.

JUAN.—Yo no soy un tonto.

ELVIRA.—Qué gracia... Pero es un hombre...

JUAN.—Si estuviéramos en Norte América...

ELVIRA.—Y fuéramos norteamericanos... Aunque eso de las castas libertades norteamericanas, me huele a bluff, querido...

JUAN.—¿Es también una opinión personal?...

ELVIRA.—Sí. Yo tengo muchas opiniones personales... Me las reservo... Si las expusiera...

JUAN.—La dejaría su novio.

ELVIRA.—Yo no tengo novio.

JUAN.—Y "palpito", como usted dice, que si sigue con esas opiniones, tampoco lo tendrá.

ELVIRA.—Ni lo preciso.

JUAN.—No se dé corte. ¿Quién no necesita del amor?...

ELVIRA.—Bobo.

JUAN.—¿Por qué, bobo? (Mirándole las manos.) Ah... Lleva usted una alianza...

ELVIRA.—(Mirándose la y desviando.) No tiene importancia. ¿Trajo usted las suyas?...

JUAN.—Seguramente.

ELVIRA.—A verías... (El saca el estuche del bolsillo y se las muestra. Mientras, se ve pasar gente a la sala. Hasta el fin del acto, se ve por el foro movimiento de gentes, que entran y salen, cada una a su tiempo.)

JUAN.—Mire...

ELVIRA.—Qué delgaditas... Qué monas son... Y el cintillo es divino... ¿Ha visto? Cada día se usan más delgaditas.

JUAN.—También cada día es más frágil el vínculo...

ELVIRA.—Está bien, ¿eh? Y ha de ser por eso nomás que así parecen tan bonitas...

JUAN.—Pruébeselas. (Ella se las pone.)

ELVIRA.—Ay, me olvidaba... (Se las quita.) En mi provincia dicen que la que se prueba el anillo de una novia, le quita la dicha...

JUAN.—Son tonterías...

ELVIRA.—Sí... Pero a falta de creencias más firmes, yo creo en esas tonterías... (Se las devuelve.) Guárdelas.

ESCENA VI

ELVIRA, JUAN CARLOS y JORGE

JORGE.—(Bajando.) Estás muy bien acompañado, che. Si sé, no me apuro tanto... Ya vienen Graela y mamá. ¿Han conversado mucho? ¿De quién hablaron mal?

ELVIRA.—De vos.

JORGE.—Y sos capaz nomás. (A Juan Carlos.) ¿Pero vos no la conocías?

ELVIRA.—Sí que me conocía...

JORGE.—Si me venía diciendo...

ELVIRA.—Que le era muy desagradable sernos presentados.

JUAN.—No... Cómo iba yo... (Jorge hace un gesto de asombro.)

ELVIRA.—Preséntamelo, entonces...

JORGE.—Claro. La señora Elvira Ancizar de López Torres... Juan Carlos Gutiérrez. (Se dan la mano. A Juan Carlos lo ahoga la "batata". Elvira ríe estrepitosamente.)

JUAN.—Señora...

JORGE.—(Azorado.) ¿De qué te ríes?

ELVIRA.—De Juan Carlos...

JORGE.—(Seco.) No entiendo...

ELVIRA.—Y te quedarás sin entender toda tu vida... Me voy a la sala.
(Sale corriendo, riéndose aún.)

ESCENA VII

JUAN CARLOS y JORGE

JORGE.—Tenías razón. Tras que era violento este momento, te cortó con su risa. Es muy guaranga, che, ya lo verás. (Pausa.)

JUAN.—Yo creía que era más vieja.

JORGE.—No. Es joven. Y lo parece más. (Pausa.) ¿En qué piensas? (Pausa.) Es linda, ¿verdad? Pero antipática... Se las da de extraordinaria. No habla más que locuras... Dice cada cosa... A mí me revienta la tal Elvirita.

JUAN.—(Después de una pausa más larga.) ¿Se lleva bien con el marido?

JORGE.—No sé... Pero sí, él es muy serio y ella es muy loca... En fin, viven... (Pausa.) Qué callado estás... Habla algo. Ahí viene mamá.

ESCENA VIII

JORGE, JUAN CARLOS y SEÑORA MEURER

SEÑORA.—(Llegando a Juan Carlos, que se adelanta al pie de la escalera.) Buenas tardes. Ya baja Gracia. ¿Y Elvira?...

JORGE.—En la sala, con gente...

SEÑORA.—Bueno. Hasta luego... (Entra a la sala.)

ESCENA XIX

JORGE, JUAN CARLOS y GRACIA

(Baja Gracia, radiante de juventud, algo tiesa y poco expresiva.
Da la mano a Juan Carlos.)

GRACIA.—Buenas tardes. ¿Cómo está?

JUAN.—(Con amor.) Feliz... Y usted divina...

JORGE.—Me voy a la sala. (Sale muy apurado.)

ESCENA X

JUAN CARLOS y GRACIA

GRACIA.—(Avergonzada.) Qué atropellado es Jorge...

JUAN.—Es un buen chico. Sentémonos, querida, un ratito aquí. (La trae hasta el sofá, donde se sientan.) Hace dos días que no te veo... Tengo que contarte tantas cosas...

GRACIA.—(Inquieta.) Qué dirán en la sala.

JUAN.—No hagas caso a los de la sala y dame tu manito preciosa. (Saca los anillos y se los pone. Le besa la mano.) ¿Te gustan?...

GRACIA.—(Emocionada.) Mucho...

JUAN.—Ahora tú...

GRACIA.—(Le pone el anillo muy emocionada. El la besa mucho en la cara.) Juan Carlos, pueden vernos.

JUAN.—Y qué tiene...

GRACIA.—(Con reproche.) Sí... Qué tiene...

ESCENA XI

JUAN CARLOS, GRACIA y ELVIRA

ELVIRA.—(Entrando y casi sorprendiéndolos.) ¿Se puede? Dice tu mamá que vayan... Disculpen. Me mandó tres veces...

GRACIA.—(Algo turbada, enseñándole la mano.) Mirá, Elvira.

ELVIRA.—(La abraza y la besa.) Amor... Te deseo toda la dicha... (Sin soltarla, da la mano a Juan Carlos.) Y usted hágala todo lo feliz que ella se merece. Bueno, no hay que emocionarse. (Los suelta.) Vamos a la sala a que los cumplimente la turba. (Van saliendo. Ella palmea a Juan Carlos en la espalda.) Hay que pasar el trago, amigazo. (Salen.)

ESCENA XII
LOPEZ TORRES y BAUDRIX

Entran de la calle LOPEZ TORRES y BAUDRIX. Se les ve dejar sus sombreros en el hall. Baudrix, un tipo de ave negra común. López Torres, viejo, calvo, de lentes. Frio, helado. Da la impresión de que se siente vivir en un plano superior, desde donde permite a las gentes dirigirse a él. Debe en este momento dar la impresión de su carácter: Hielo y estolidez. Mide las palabras, que él está seguro centuplican su interés al pasar por sus labios.

LOPEZ.—Y no soy un chico ni un hombre vulgar, amigo. Soy un hombre de talento. No sólo soy un político, soy un gran psicólogo... Y la estudio... la analizo...

BAUDRIX.—Pero podría equivocarse, mi doctor. Ya ve, me ha dicho que no habla jamás... cuando la señora Elvira es...

LOPEZ.—¿Querrá usted conocerla más que yo? Estos últimos tiempos... En fin, yo no creo en las herméticas. La tengo envuelta en una red.

BAUDRIX.—Ya ve, y no encuentra nada.

LOPEZ.—Ella es sagaz, pero yo soy más inteligente que ella... La desenmascararé. He visto mucho... gestos, miradas, graves motivos íntimos. Pero necesito más, más... pruebas. Eso es lo que me hace recurrir a su amistad. Con mi posición, mi nombre... Me comprende, verdad, Baudrix. Usted, como procurador, puede ponerse muy fácilmente al habla con esa gente...

BAUDRIX.—No. No sabe doctor lo que son esas agencias. Verdaderas cuevas de bandidos... Se expone...

LOPEZ.—No importa nada. Yo soy un hombre de acción y cuando decido una cosa, debe ser. Tengo un plan práctico, a la moderna, nada de contemplaciones... Se la sigue... Se la sorprende... Método eminentemente francés, eminentemente francés...

BAUDRIX.—Eminentemente francés será el escándalo que daremos, doctor; no se atropelle... Usted no debe olvidarse de su posición.

LOPEZ.—Pero debo defenderla... Yo sabré hacer que nada llegue a mi posición. (Van entrando a la sala. Mutis.)

ESCENA XI^a

RAMIREZ y JORGE entran por el comedor

RAMIREZ.—Marea estar en la sala con tantas muchachas... ¡Qué amigas papas que había tenido Gracia! ¡Qué suerte, che, tener hermanas!

JORGE.—¿Te fijaste en Blanquita?

RAMIREZ.—Te gusta a vos, ¿eh? ¿Y Elvira? ¡Qué linda ha vuelto!...

JORGE.—¿Linda? No sé lo que les gusta de Elvira. ¿Viste lo que dijo a Adelina cuando la saludó? Ya van dos calores que me hace pasar esta tarde. Ella cree que es muy original eso... Te aseguro que tiemblo cuando viene sola.

RAMIREZ.—Me he fijado lo circunspecta que la pone el doctor. La domina con la mirada.

JORGE.—Como los domadores a las fieras.

RAMIREZ.—¿Cómo la quiere tu mamá!

JORGE.—¿Has visto? Mamá, tan seria, tan intransigente, se encanta de verla fumar, le ríe las gracias y las palabritas. ¿Te das cuenta de las palabritas? Si fuera otra...

RAMIREZ.—Es que se perdona todo a quien se quiere; y también ella con tu mamá, cómo es...

JORGE.—De zalamera... Le conoce el genio... Se le hace la nena chica...

ESCENA XIV

RAMIREZ, JORGE, JUAN CARLOS, GRACIA

JUAN CARLOS.—(Entrando con Gracia del brazo.) Tengo derecho a estar solo contigo. Ven, aprovechemos el viaje al comedor. (Al ver a Jorge y Ramirez.) Nos caímos.

GRACIA.—¿Qué?

JUAN.—Que haremos un poco de compañía a estos jóvenes sabios, que han encontrado un rincón de paz.

GRACIA.—Sentémonos aquí. (Se sientan.)

RAMIREZ.—¿Estorbamos?

JUAN.—Jamás. (A Jorge.) ¿Qué milagro que no estás haciendo el caballero de Blanquita?...

JORGE.—No me pude acercar...

JUAN.—Ahora podés; andá a llevarla al comedor.

JORGE.—Voy. (Se levanta.)

ESCENA XV

Dichos, ELVIRA y BLANQUITA

ELVIRA.—(Entrando con Blanca abrazada.) Atención. Aquí estamos nosotras. Jorge: te traigo este regalo. Pueden conversar un ratito. Yo les doy permiso. Ramírez: cambie de asiento. (A Blanca.) Sentate vos acá... Ya está. (La sienta al lado de Jorge.)

BLANQUITA.—Pero, Elvira...

ELVIRA.—Pero... ¿qué? Si ustedes afilan, es justo que se busquen, y que conversen; nosotros no los vamos a criticar.

JORGE.—Mientras estemos aquí.

ELVIRA.—(Se sienta de una manera inconveniente, cruzando las piernas.) ¡Uff, qué opio la sala! Toda la gente joven está en el comedor. Y tu mamá atareadísima. Del comedor a la sala, de la sala al comedor, haciendo cumplimientos.

BLANQUITA.—Secundada por Adelinita.

ELVIRA.—(A Gracia.) Me dijo que te llame; pero no vayas, querida, no vayas...

BLANQUITA.—Che, ¡qué lindos consejos que das!...

JORGE.—De aquí a un rato nos vamos todos al comedor, y nos ubicamos cómodamente.

ELVIRA.—En previsión de eso, yo escondí en un aparador algo que destino a nuestro consumo particular.

RAMIREZ.—Bravo, Elvirita. Elvirota, como dice Gracia.

JUAN.—Es usted una gran mujer.

ELVIRA.—No tanto... No tanto.

GRACIA.—Qué bien se está aquí, ¿verdad?...

BLANQUITA.—Yo me aburro en la sala!...

ELVIRA.—Y yo... ¿Quiéren que les haga una confesión? Para mí no hay nada más ridículo que una sala llena de visitas de cumplido. Esas señoras tiesas mirándose de reojo inquisitivamente... Queriéndose engañar las unas a las otras... La "anfitriona" sufriendo y queriendo hacer que simpaticen. Armonizando las conversaciones... Y yo, allí entre todas, siento la sensación de que me he vuelto chica y juego otra vez a las comadres. (Imitando a las chicas.) ¿Cómo está, querida señora? ¿Están bien sus cuarenta y nueve hijitos? ¿Y sus siete esposos que se le murieron el año pasado? Yo los sentí mucho, señora... Pero me han dicho que a sus cuatro esposos nuevos les gusta mucho el chocolate... (Otra voz.) A mí mi tía me regaló un sombrero amarillo. (Otra voz.) Es una gran desgracia, esta mañana se ha muerto mi hija mayor. El perro de mi mamá le comió todo el pelo... y la cabeza. (Otra voz.) Pero cante, señora... Y a cualquier vejstorio cursi se le ocurre cantar o declamar... ¿No, Juan Carlos?...

JUAN.—¿Qué envenenada es usted!

ELVIRA.—¿Yo? No. Sólo soy un bicho antisociable y salvaje, que tiene la desgracia de ver cosas raras que nadie ve. Cuando estoy entre toda esa gente tan bien educada, siento impulsos de decir malas palabras, de tirar sillas por el aire, de escandalizarlas... ¡A Adelina! Las cosas que le diría yo a Adelina...

GRACIA.—No seas mala.

JORGE.—Adelina es muy buena.

JUAN.—Solterona, eso sí.

ELVIRA.—Pero se defiende de la vejez como un tigre...

JUAN.—Como un tigre heróico...

JORGE.—(A Juan Carlos.) ¿Te contagiaste vos?...

JUAN.—Parece...

RAMIREZ.—Cómo está de conservada...

ELVIRA.—Cuando yo era así, (Con la mano un poco del suelo.) ya andaba Adelinita despavorida buscando novio...

GRACIA.—Pero Elvira.

ELVIRA.—Adelina es un símbolo. Espera su príncipe azul hace por lo menos cuarenta años. Y el príncipe no llega... Ella luce sus virtudes en visitas, en fiestas, en toda clase de piringundines. Y como esas muñecas de vidriera que nadie compra, se aja, se destiñe. Aparecen las canas, se dibujan las arrugas y el príncipe empeñado en no llegar... Y Adelinita, practicando el heroico deporte de la "caza a la cana", saliendo con velo, sentimentalizando...

JUAN.—Ese deporte nuevo. ¿Cómo dijo?

ELVIRA.—¿Qué? Ah... La caza a la cana. Todas las mujeres lo practicamos alguna vez.

RAMIREZ.—(Pensativo.) El príncipe llegará. Es muy rica Adelinita...

ELVIRA.—Llegará algún príncipe como ella, ajado, como ella, desteñido, que mientras ella se marchitaba dentro de sus virtudes, haya ido dejando pedacitos de su vida por todos los caminos... Y fundarán un hogar modelo, al que ella aportará su dinero y sus virtudes y él todo lo que haya cosechado por esos caminos... Y hasta tendrán un hijo, que tal vez tenga los huesos endebles, pero que nacerá con una gran posición...

JUAN.—Razona usted, señora, como un anarquista loco...

ELVIRA.—¿Yo? No. Los anarquistas son desmelenados que miran con odio; yo me peino y no odio. Me río. Ellos quieren destruir; yo no, si estas cosas se destruyeran, quiero saber de qué me divertiría yo.

JUAN.—Burlarse, ya es destruir.

JORGE.—Mirá, te divertirás muy pronto, tapándote las arrugas y las canas como Adelina.

• BLANQUITA.—Con el deporte, che...

ELVIRA.—Sí. Pronto tendré con qué entretenerme... ¿Deporte?... No, lucha, la más intensa de todas las luchas humanas.

JORGE.—La lucha de la mujer contra la vejez.

ELVIRA.—Que, como todas las luchas, tiene sus encantos.

JUAN.—Me parecen unos encantos muy problemáticos...

ELVIRA.—(Empieza vagamente y se exalta a medida que habla.) Ser joven, ser bella, ser amada... Es nuestra única misión... Lo único hermoso que nos da la vida. Y la misma vida nos lo va quitando. Hoy una cana, mañana una arruga... Oh, el triunfo de vencerlas... Por una hora, por un minuto, pero vencerlas... Porque la belleza joven, fresca y verdadera... (A Gracia.) Como la tuya, ya no es belleza, porque es inconsciente. Si yo fuera hombre, me enamoraría sólo de una mujer marchitándose, pintada sabiamente, de manos pálidas, de ojos ardientes...

JORGE.—De Adelina, por ejemplo...

ELVIRA.—(Sin oírlo.) ¡Oh! La mujer que lucha no por su belleza, sino por lo que está detrás, que es el amor... Y que pone en su brega todo el dolor de su alma, toda la angustia de lo que se va con su juventud... Y el vencimiento final, que llega implacable, la renuncia a luchar... Es hermoso... es hermoso. (Se exalta.) A veces yo veo por las calles una de esas mujeres que fueron bellas, que llevan aun un destello tras de la máscara que les puso el tiempo. Las miro con angustia y con ansia. Así seré yo, pienso... Y querría morir antes... Miro sus ojos rojizos, su cara surcada... su boca, sus cabellos... las manos huesudas, nudosas, como si se hubieran desformado con el enorme esfuerzo de asirse a la juventud y al amor... y pienso: cómo viven, cómo pueden vivir aún... (Transición.) Ramírez, deme un cigarrillo. (Ramírez se lo da, y fuego.)

JORGE.—Mirá que sos desequilibrada... Ves las cosas como en las novelas, declamas, literatizas...

JUAN.—Pobre Elvira. Es usted demasiado cerebral. La compadezco. Eso es un pecado.

ELVIRA.—¿Y usted compadece a los pecadores? (Encendiendo el cigarrillo, a Ramírez.) Gracias. (Fuma.)

JUAN.—A veces...

JORGE.—Las mujeres se acostumbran a la vejez como a todo. Si envejecieran en un día, me explico... Pregúntale a Adelina si piensa esas cosas.

ELVIRA.—¡Ay! Dramaturgo, psicólogo, poeta, Jorgito. ¿No te das cuenta de que la mujer de que yo hablo sólo pertenece a la literatura?

JORGE.—Como siempre... ¡Tienes una manía divagatoria!

ELVIRA.—Jorge: me esgufias. Dicen que cada día nace un gil. Cuando vos naciste, hacía un mes que no nacía ninguno...

JORGE.—¿Qué decís?

JUAN.—(A Elvira.) Baja usted de las más altas cumbres al llano, con una facilidad que asombra.

ELVIRA.—Es la costumbre de los equilibrios, amigo. Yo soy así. Funambulesca...

ESCENA XVI

Dichos y ADELINA

ADELINA.—(Entrando.) Muy bien, chicos. Qué bien están aquí, ¿eh? ¿Por qué no me llamaron? (A Juan Carlos.) ¿Cómo está, Juan Carlos?

JUAN.—Adelina. (Se estrechan la mano.)

ELVIRA.—Estamos de lechuceo.

ADELINA.—¿De qué?

ELVIRA.—De lechuceo. Es una moda nueva de Mar del Plata...

ADELINA.—Dice la señora que vayan. Gracita. Vamos...

ELVIRA.—Quédese con nosotros un ratito, Adelinita. Le enseño el verbo. Venga. Mire. Yo lechuceo. Tú lechuceas. El lechucea. Venga va a ver qué lindo.

ADELINA.—No, hija. Vení vos. Hacen más de una hora que ha llegado tu esposo. ¿Dónde estabas? (Es visible el hielo que cae sobre Elvira.)

GRACIA.—(Levantándose.) Vamos, Juan Carlos.

JUAN.—Iré después.

JORGE.—(Levantándose y saliendo con Gracia y Blanquita.) No lo esperábamos tan temprano.

ADELINA.—Está en el comedor.

BLANQUITA.—¿Venís, Elvira?

ELVIRA.—Ya va. (Se queda sentada. Tira el cigarrillo.)

ESCENA XVII

ELVIRA, JUAN CARLOS, RAMIREZ y ADELINA

ELVIRA.—Siéntese, Adelina...

ADELINA.—No, hija, vamos...

RAMIREZ.—Sí. Sí, vamos. (Se levantan él y Juan Carlos.)

ADELINA.—Elvirita, vení a recibir a tu marido. Hacele los honores. Servile el té... Qué muchacha. Cómo sos de desatenta. Y con la monada de esposo que tenés. Capaz que se resiente con vos. (A los otros.) Yo estoy encantada con López Torres.

ELVIRA.—Se lo regalo. ¿Lo acepta?

ADELINA.—(Sonriente.) Qué loca sos... Pero no es por decir, ¿eh? Conversar con un hombre así, instruye, eleva el espíritu. Un hombre tan recto, tan culto...

ELVIRA.—(Con ironía angustiada.) Basta, Adelinita, por favor... Le agradezco de todo corazón ese elogio conyugal, pero basta...

JUAN.—Ofende usted la encantadora modestia de la señora.

ADELINA.—¿Modestia? Usted no la conoce. De consentida, de feliz.

ELVIRA.—Adelinita. Sea buena y vaya usted a atenderme a mi marido, ¿eh? Le sirve el té, le da pastitas... Le dice que ya voy... ¿Quiere?

ADELINA.—Con muchísimo gusto, querida. Cómo no... ¿Qué caballero me acompaña?

RAMIREZ.—(Ofreciéndole el brazo.) Mi brazo, Adelina, siempre. En todas las ocasiones.

ADELINA.—(Tomándolo.) Gracias, Ramírez.

JUAN.—Qué buena pareja hacéis... Irreprochable.

ADELINA.—(Halagada.) Sí, ¿eh? La estatura, nomás. (Ramírez echa una mirada de indignación a Juan Carlos por detrás de ella y salen.)

ESCENA XVIII

JUAN CARLOS y ELVIRA

(Se hace un gran silencio. Juan Carlos enciende un cigarrillo. Elvira piensa.)

JUAN.—(Casi en broma.) ¿Está "esgunfia", Elvira?

ELVIRA.—(Reaccionando, busca comprender.) Ah, sí... mi palabra. (Pausa.) Estoy nerviosa, amigo... No sé. He hablado muchas tonterías, ¿verdad? Con mucha frecuencia me pasa eso. Hablo, hablo, hablo. Peor sería que llorara, ¿verdad? O que me diera algún patatús. (Pone los brazos rígidos, con un gesto histérico.) Hoy tengo los nervios como las cuerdas de una guitarra. (Se estremece con una especie de gemido, levantándose.)

JUAN.—(Mirándola.) Es usted desconcertante. Desconcertante y pálida... Dos cualidades maravillosas en la mujer...

ELVIRA.—No, Juan Carlos. Soy simplemente una pobre mujer... Una pobre mujer absurda que vive de una manera absurda. Vamos. (Van saliendo.)

JUAN.—Será usted quien me presente a su...

ELVIRA.—Sí. Vamos a eso. En este día de la fiesta a la juventud, a la esperanza y al amor... a su juventud, a su esperanza y a su amor, voy a presentarle a mi señor y dueño. (Ríe con una risa tajante y falsa. El la mira en los ojos intensamente un minuto y corta su risa... Ella rompe el encanto de la mirada y con voz de angustia, levantando la cortina, le dice:) Pase usted primero.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Habitación de Juan Carlos, en un hotel cualquiera. Sin lujo. Cama en el rincón de la izquierda. Mesa chica al centro. A los pies de la cama, amplio sillón que desentona con el conjunto. Puerta al corredor, al foro, derecha. Sobre los muebles, frascos de farmacia.

(JUAN CARLOS, en saco fumoir, sin cuello. "deshabillé", está tumbado en la cama con un libro. Un mucamo muy gallego, da desconcertados plumeros sin ton ni son, y canturrea.)

ESCENA I

JUAN CARLOS y MUCAMO; después, ELVIRA

MUCAMO.—(Canturreando bajo, mientras sacude:) "El querer de los casados — Anda por los alzadeiros — Si así hacen los casados — Qué no farán los solteiros..."

JUAN.—(Incorporándose.) Cállate, por caridad... me enloqueces...

MUCAMO.—Bueno, bueno... (Sigue sacudiendo.)

JUAN.—Y no levantes más polvo... Me mareas, me ahogas... Vete...

MUCAMO.—Ya termino, ya...

JUAN.—¿Qué hora es?

MUCAMO.—Son casi las doce. ¿Comerá usted ya?

JUAN.—Un momento. Pero pon la mesa. (Sale el mucamo. En la puerta se cruza con Elvira, que entra con una enorme brazada de flores. Trae un traje de mañana claro, elegantísimo.)

MUCAMO.—Buenos días, señora.

ELVIRA.—Buen día, amigo. ¿Qué tal? (Entra.)

ESCENA II

ELVIRA y JUAN CARLOS

ELVIRA.—Hola, encanto, ya levantado... ¿Se halla bien?

JUAN.—(Viniendo hacia ella.) Perfectamente. Y viéndola a usted, figúrese. ¿Es para mí todo esto?... (Le toma las flores y las deja sobre la mesa.)

ELVIRA.—Sí, pobrecito. Encerrado aquí con su fiebre, no ha visto llegar la primavera. Está todo espléndido. Hasta las mujeres. ¿No se ha fijado cómo embellecen las mujeres cuando llega la primavera?... Y ya que usted no puede salir a verla, le traigo yo a su cuarto un poco de la primavera. ¿No hay floreros por aquí?

JUAN.—No poseo esos poéticos adminículos.

ELVIRA.—Pídalos, entonces...

JUAN.—¿A quién?

ELVIRA.—Al mozo, hombre... (Juan Carlos llama. Mientras, Elvira se quita el sombrero, los guantes. Se peina un poco. Maneja las cosas como en su casa. Habla mientras se arregla.) Hace un calor. He venido desde casa andando y me he fatigado. ¿Vino el médico ya?

JUAN.—Sí.

ELVIRA.—¿Y...?

JUAN.—Se ha despedido. Ya estoy bien, desgraciadamente...

ELVIRA.—Hombre, si estar sano es una desgracia...

JUAN.—Y de las graves. Máxime si se tiene una enfermera como la mía.

ELVIRA.—(Con un saludo.) Se agradece...

ESCENA III

Dichos y MUCAMO

(Entra el mucamo con mantel, bandeja, platos, que pone sobre la mesa.)

MUCAMO.—(A Juan Carlos.) ¿Ha llamado usted?

JUAN.—Sí. Consígase por ahí dos o tres floreros para esto.

ELVIRA.—Prontito, ¿eh?

MUCAMO.—Bien. ¿Comerá aquí la señora?

JUAN.—Por supuesto.

MUCAMO.—Podremos adornar la mesa con un ramo de flores. Abajo hay unos jarrones espléndidos...

JUAN.—Pues, tráelos. (Sale el mucamo. Elvira lleva las flores de la mesa a la cama y se pone a arreglarlas.)

ESCENA IV

ELVIRA y JUAN CARLOS

ELVIRA.—Cuánto me alegro de verlo levantado. Ahora sí que serán lindos nuestros paseos...

JUAN.—El primer día iremos al Tigre. ¡Cómo estará ya aquello!... A ver si ha perdido la mano para el volante.

ELVIRA.—No, verá. Manejaré yo sola. Usted estará débil para eso. Iremos ligero. Me sacaré el sombrero y todo el aire me dará en la cara. ¡Qué dicha!

JUAN.—Y almorzaremos allá...

ELVIRA.—Seguro. Ya me he acostumbrado a almorzar con usted. Con su enfermedad, nos hemos hecho más amigos que antes. Ya somos casi hermanitos. (El la mira fijamente, sonriendo.) Lo que me da tristeza es tener que mentir tanto... Qué ridícula es la vida, ¿eh?... Y somos nosotros mismos los que la hacemos ridícula. Y después nos lamentamos... Mire que tener que ocultar nuestra amistad como un pecado...

JUAN.—Eso la hace doblemente interesante. Usted no quiere convencerse de que el pecado es lo único que hace atrayente la vida. Para la mujer, sobre todo, no hay mayor voluptuosidad que la de comprometerse...

ELVIRA.—Es cierto, ¿eh? Todos los días que vengo aquí, lo pienso: me comprometo. Bueno, esto no sería interesante si yo estuviera apasionada por usted, si fuéramos una especie de seres novelescos... pero, comprometerse por salir en auto, por almorzar, por charlar con un simple amigo a quien puede verse tranquilamente todos los días. Eso es una cosa extraordinaria. Y yo amo las cosas extraordinarias. Bueno. Ahí están los floreros.

ESCENA V

ELVIRA, JUAN CARLOS y MUCAMO

MUCAMO.—(Entrando.) Traigo cuatro floreros.

JUAN.—¿Esos eran los jarrones espléndidos?

MUCAMO.—Son muy preciosos.

ELVIRA.—(Riendo.) Traiga... póngalos acá.

MUCAMO.—(Poniéndolos al lado de la cama.) Cuidado, que tienen agua. (Elvira arregla las flores en los jarrones; mientras, Juan Carlos la mira largamente, intensamente. El mucamo pone la mesa.) He traído la lista.

ELVIRA.—No hace falta. Para el señor, pollo y agua mineral como siempre. ¿Comería espárragos?

JUAN.—Comería palos de escoba. Me muero de hambre.

ELVIRA.—No exagere. No será tanto. (Al mucamo.) Espárragos también; y para mí lo mismo.

JUAN.—Fruta y café... y ya está. ¡Ah!, y te conseguí champagne. Bien frappé, ¿eh?

ELVIRA.—¿Champagne? ¿A qué se debe?...

JUAN.—Un gusto... Festejo mi salud...

ELVIRA.—Una genial idea. (Al mozo.) Pero todo rápido, rápido, que tengo que irme en seguida.

MUCAMO.—Bien, bien, me apuro. (Sale.)

JUAN.—¿Cómo? ¿Hoy no leemos?

ELVIRA.—No. Tengo que hacer unas compras. Hijo, con su enfermedad se me han dado vuelta las costumbres. Hay que normalizarlas. Ya se acabaron los almuerzos.

JUAN.—¿Y el del Tigre?

ELVIRA.—Ese será sólo una escapada. Estoy llamando la atención de todos. He agotado hasta mi inventiva. (Mientras habla, pone un florero sobre el mantel y reparte los demás por el cuarto.) Esto queda magnífico.

JUAN.—Usted y las flores convierten mi cuarto en un verdadero paraíso.

ELVIRA.—Lo noto esta mañana desusadamente galante. ¿Qué le pasa?

JUAN.—A mí nada. Pero...

ELVIRA.—Pero ¿qué?...

JUAN.—¿Qué día vamos al Tigre? (Mientras hablan, Elvira se limpia las manos con una toalla y se sientan a la mesa frente a frente.)

ELVIRA.—La semana que viene.

JUAN.—¿Tanto?

ELVIRA.—Y... no le he dicho que no puedo. Y eso que tengo un verdadero deseo de manejar...

MUCAMO.—(Entrando con las fuentes.) Ya está aquí la comida. (Sirve la mesa entrando y saliendo varias veces, según las indicaciones. Sale.)

ELVIRA.—(Siguiendo la conversación, mientras sirve ella misma.) Ya ve. Otro secreto. Esa habilidad con la que podría darme tanta importancia, si no me la hubiera enseñado usted. Tendré que hacer la comedia de que me enseñe, Juan...

JUAN.—¿Ve? Para todo hay que hacer comedias en el mundo.

ELVIRA.—Y aunque no queramos. Es la ley. Toda nuestra vida es sólo un tejido de pequeñas comedias... Dulces, amargas, risueñas, ridículas... Es claro, más ridículas que otras. Dígame si no es ridículo este secreto de nuestra amistad... El haber ocultado como un crimen el que yo lo cuidara... El que hubiera venido a verlo al saber lo enfermo que estaba... Era una cosa pura, era una cosa buena.

JUAN.—No. Era malo.

MUCAMO.—(Entrando.) Aquí está el pollo. Parece de oro... (Lo deja y sale. Empiezan a comer, violentos.)

ELVIRA.—(Mirando a Juan Carlos, que no come casi.) ¿Y esa era el hambre?

JUAN.—Es que no puedo comer. Le dije que era malo...

ELVIRA.—¿Por qué malo?...

JUAN.—Ríase. Ríase todo lo que quiera.

ELVIRA.—Pero ¿de qué quiere que me ría?

JUAN.—De mí. Me pasa una cosa muy rara, vieja. Creo que me he enamorado de usted. (Ella se queda mirándolo con un aire de extrañeza un poco exagerado.)

ELVIRA.—Muy bien. ¿Y qué más?

JUAN.—Y que sufro de veras al pensar en que estos días de dicha se han terminado... Que la estoy mirando y que el alma se me sube a la boca, que tengo que decirselo... Que no duermo, que no vivo, pensando en usted. Que esta es otra enfermedad.

ELVIRA.—(Con una risa violenta y fingida.) Esos son romanticismos de la fiebre y del encierro. Se le disiparán con el aire.

JUAN.—No se ría. No es cosa de risa. Hemos jugado con algo demasiado grave. ¿Por qué vino?

ELVIRA.—Está usted haciendo un soberbio papelón indigno de usted. Con sentimentalismos a mí... Es gracioso.

JUAN.—No son sentimentalismos. Es la vida. Yo no soy una salamandra, soy un hombre... y usted es una mujer...

ELVIRA.—Sí, ¿eh?... No lo sabía...

JUAN.—No se haga la graciosa. Escúcheme.

ELVIRA.—No me gusta escuchar tonterías...

JUAN.—Elvira, por favor...

ELVIRA.—Qué feo, qué feo... qué cursi...

JUAN.—Oyeme... Eres divina, eres única... ¿Por qué escondes tu alma?... (Ella queda mirándolo silenciosa.) Siento en la frente tus manos frescas que templaban mi fiebre. Veo tus ojos. Oigo tu risa. Te veo luego a mi lado como mi amigo... Eres la mujer completa, única, que puede serlo todo...

MUCAMO.—(Entrando.) Fíjense ustedes en las manzanas... Huelen como las manzanas de mi pueblo. Y parecen pintadas. (Las pone en la mesa. Elvira, con la interrupción, se hace dueña de sí y vuelve a reír. Juan Carlos se fastidia.)

JUAN.—Bueno, déjalas ahí y hasta que yo llame no vengas con el café.

MUCAMO.—Está bien. Está bien. (Sale entre extrañado y picaresco, ce-

riendo la puerta. No habían un momento. Elvira sirve y empieza a comer. Juan Carlos se levanta y viene a sentarse junto a ella.)

JUAN.—Hablemos. Y no se ría, que es fingido. Escúcheme. Usted no es una chica tonta. Usted sabía que esto tenía que llegar.

ELVIRA.—Lo sabía. ¿Y qué?

JUAN.—Y que usted ha jugado conmigo, o...

ELVIRA.—Con quien he jugado ha sido conmigo misma... Pero esto, esto es estúpido, ridículo...

JUAN.—No. Es bueno. Es lo único bueno de todo.

ELVIRA.—Hasta que lo evoquemos es una infamia. Y yo no he sabido evitarlo. Y ahora se ha roto nuestra franca amistad que me hacía tan feliz... (Se le llenan los ojos de lágrimas.)

JUAN.—No quiero ver en tus ojos lágrimas. No, Elvira, no. Nuestra amistad era sólo una comedia, como todo...

ELVIRA.—No. Nunca podrá saber usted lo que era su amistad. Para mí tan sola... tan extraña a todo lo que me rodea... Y no he sabido defenderla...

JUAN.—¿Y nuestro amor? ¿No es nada para tí?

ELVIRA.—(Hostil.) Nada.

JUAN.—Tienes razón. Eres una coqueta como las demás. Peor que las otras. Coqueteas más refinadamente... Coqueteas friamente, cerebralmente... Pero gustas como todas de pasearte por el borde del abismo. Eres una tíftera sentimental. Nada más.

ELVIRA.—(En la misma actitud dolorida.) Tal vez tenga razón. Soy peor que las otras. Soy también más desgraciada que las otras.

JUAN.—Perdóname, Elvira. No te pongas así. No sé lo que digo. No sé lo que tengo...

ELVIRA.—¿Por qué me tutea?

JUAN.—No seas vulgar. No juegues al viejo juego. Escúchame. Piensa que antes de todo soy tu amigo.

ELVIRA.—Ya no.

JUAN.—Sí. Ante todo amigo... Y te quiero. He llegado a quererte brutalmente.

ELVIRA.—Y yo tengo la culpa.

JUAN.—Inconscientemente, pero la tienes.

ELVIRA.—Inconscientemente, no... Oígame usted ahora... Usted ha hecho mucho bien a mi alma. No sabe cuánto... Nunca, por más que piense, sabrá lo que era mi soledad. La desesperación de mi soledad... La angustia de cerrar mi alma a todo... de atar mis palabras, mis gestos, mi voz... Y usted me dió la paz, la serenidad, el equilibrio que había buscado tanto tiempo en vano... Nuestros paseos, nuestras conversaciones, eran tanto para mí, obligada a callar siempre, a hablar nimiedades, a olvidarme de que podía pensar... En esos momentos, yo era otra mujer... Me llenaba de oxígeno el pecho y el alma... Respiraba... Y después, muchas veces, cerrando los ojos te evocaba y encontraba en mí fuerzas para soportarlo todo. Era tan puro mi afecto... O yo me hacía la ilusión de que lo era... (El la toma una mano; ella la deja abandonada, inerte.) Por eso en este momento me haces tanto daño. A veces yo veía con terror en que esto iba a llegar. En que era una cosa irremediable que llegase... Muchas veces pienso que tantas mujeres habrán caído por eso... Solamente por poder sentirse un minuto seres libres y conscientes... Yo, como tantas, pagaré el precio de mis cortos momentos de alegría... Y es mejor... mejor que así sea... Tal vez...

JUAN.—¿Ves? Tú también lo quieres... me quieres...

ELVIRA.—No. Yo no quiero a nadie. Pero estoy tan sola, tan sola...

JUAN.—Yo te adoro, Elvira. Te lo juro.

ELVIRA.—De una cosa noble y buena haremos una cosa infame... Yo no quiero perderte... Y es humano. No puede irse contra la vida...

JUAN.—Por qué infame. ¿Por qué?...

ELVIRA.—Tú lo sabes... Gracia, él...

JUAN.—No pensemos en eso. No... Vivamos este minuto... ¿Ves? Me tuteas... Qué dulce es el tú en tu boca... Hay palabras que sólo con él pueden decirse... Como "te amo". Dímelo... Pero no me mires así... No pien-

ses. Piensa sólo en nosotros... Más tarde, más tarde. Sufriremos. Pero ahora... Ahora yo no puedo hacer más que quererte. He visto un rincón de tu alma. Quiero que me la des toda. Que te me des toda. Déjame besarte... Elvira mía. Amor mío... Mi Elvira... (Va a besarla. Ella, inerte, como entontecida, mira al vacío. Pero la puerta se abre violentamente y entran LOPEZ TORRES, BAUDRIX, el COMISARIO y otro señor. El mozo, asustado, se queda en la puerta.)

ESCENA VI

ELVIRA, JUAN CARLOS, BAUDRIX, LOPEZ TORRES, UN SEÑOR QUE NO HABLA, COMISARIO y MUCAMO

(Elvira y Juan Carlos, se levantan sorprendidos. Ella queda de pie, junto a la mesa, temblorosa. El, dominándose con un enorme esfuerzo, se adelanta.)

JUAN.—¿Qué significa esto? ¿Con qué derecho?

COMISARIO.—En nombre de la ley.

JUAN.—Comprendo. (A López Torres.) Estoy a su disposición, señor, en todos los terrenos.

LOPEZ.—Gracias, joven. No se trata de eso por el momento. Odio los escándalos.

JUAN.—Pues mayor que éste...

LOPEZ.—Este quedará entre nosotros. No pasará nada. El señor... (Por el comisario,) levantará un acta que firmarán como testigos los señores. Esto es perfectamente legal. Ese acta servirá para un divorcio discreto. Y desde este momento la señora queda en libertad para ponerme en ridículo con usted... o con quien le parezca mejor.

JUAN.—Es una manera ultramoderna de arreglar las cosas.

BAUDRIX.—Pero perfectamente legal.

ELVIRA.—(Adelantándose, a López Torres.) No sabía que leyeras a Maupassant. Y que te impresionaras hasta plagiarlo. Pero podías haber tenido un gesto más original. Espiarme, seguirme, traer policía. Es digno de tí, pobre imbécil.

LOPEZ.—Digno de usted, señora.

ELVIRA.—¿Qué sabes tú de lo que es digno de mí? ¿Me conoces, acaso?

LOPEZ.—Desgraciadamente, demasiado.

ELVIRA.—Si me conocieras, no me obsequiarías con esta escena de pochade. Me habrías dicho, simplemente, que querías librarte de mí... o librar-me de tí... (El comisario ha puesto sus bártulos sobre la mesa y se dispone a escribir.) Habríamos hecho entre los dos ese acta tranquilamente.

JUAN.—Pero esto no es posible. Le juro por mi honor, señor, que entre Elvira y yo existe sólo una simple amistad.

LOPEZ.—Eso me tiene a mí sin cuidado.

JUAN.—Es que usted no puede levantar un acta falsa.

ELVIRA.—Déjalo. Que escriban lo que quieran. Yo lo firmaré. Firmaré todo... ¿Que lo engaña? Bueno, que lo escriban. No me importa gritarlo a los cuatro vientos si eso me libra de él.

LOPEZ.—Señora...

ELVIRA.—Sí. ¡Porque lo odio... lo odio! Engañarlo... Como usted me engaña a mí, no... Todavía no... Pero escriba, sí... Escriba que lo engaño, que toda yo soy una mentira para él. Que toda yo soy odio y mentira. Que mis palabras, mis gestos, mi vida... Todo, todo es una mentira... Oh, lo engaño, sí... ¡Lo engaño con el alma, con el pensamiento, con el deseo, que es como engañamos las pobres, las desgraciadas mujeres honradas que no tenemos en la vida ni siquiera el valor de nuestros pecados!...

JUAN.—Serénese, Elvira, cálmese...

ELVIRA.—Oh, amigo mío... Si estoy muy serena... Si casi me siento feliz... Si la tortura de todos los días tenía que terminar de cualquier modo... No lo veré más... Podré ser "yo"... ¿Qué me importa lo otro?

JUAN.—Pero usted debe defenderse.

ELVIRA.—¿Yo? Jamás.

LOPEZ.—La señora es doblemente infame. Ha elegido para... sus inocentes entretenimientos al novio de su mejor amiga...

ELVIRA.—(Recordando con angustia.) Gracia...

JUAN.—Qué horror...

ELVIRA.—Gracia no debe saberlo. (A López Torres.) Y usted no lo dirá.

LOPEZ.—Lo sabrá todo el mundo. Un divorcio es cosa pública.

ELVIRA.—Oh, es que yo no lo permitiré. Es que ante ella me defenderé... se lo diré todo... Y ella me creará a mí. A mí sola... (Pausa larga. Elvira jadea. El hombre escribe.)

LOPEZ.—Hablando pueden conciliarse las cosas. Usted firma el acta en la que no se nombra al señor para nada... O se le da un nombre cualquiera. Yo me comprometo a que Gracia no sepa nada jamás. Podrá efectuarse el matrimonio. En cambio, usted renuncia a defenderse. No vuelve a mi casa. Yo la enviaré... aquí todas sus cosas... y su dinero.

ELVIRA.—Acepto. ¿Dónde firmo?

COMISARIO.—Aquí. (Elvira toma la pluma.)

JUAN.—Lea eso primero.

ELVIRA.—¿Para qué? Es lo mismo. (Firma. Firman también los testigos y el Comisario, que guarda los papeles.)

JUAN.—(A López Torres, mientras firman.) Señor: creía a usted solamente un ser ridículo. Me he equivocado. Es usted un perfecto canalla, un cobarde, un sinvergüenza. (Va a darle una bofetada, pero antes de que los otros se acerquen, Elvira se lo impide sujetándolo de los brazos.)

ELVIRA.—Déjalo, Juan Carlos. No lo toques tú. Que se vaya.

JUAN.—Donde lo encuentre le daré de patadas. Ahora por usted.

ELVIRA.—Después sí. Haz lo que quieras. Ahora piensa en Gracia...

JUAN.—Tienes razón.

COMISARIO.—Buenas tardes. Disculpen.

LOPEZ.—Que sean ustedes muy felices. Adiós.

BAUDRIX.—Buenas tardes. Mis excusas, señora... (Salen todos, menos el mucamo.)

ESCENA VII

ELVIRA, JUAN CARLOS Y MUCAMO

MUCAMO.—Señor... Yo no tuve tiempo de avisarles. Subía para eso, pero se adelantaron. ¿Puedo servirles en algo? (Elvira ha ido a tirarse al sillón de los pies de la cama, donde queda como anonadada. Juan Carlos se pasea por la habitación.)

JUAN.—Sí. Llévate eso y traé el café. Y callate.

MUCAMO.—Bien. Bien. Cuenten conmigo para lo que quieran.

ELVIRA.—(Tristemente.) Gracias, amigo.

MUCAMO.—De nada, de nada. (A Juan Carlos.) Y... ¿traigo el champagne también?

JUAN.—Sí, tráelo. Trae todo lo que quieras. (Sale, cerrando la puerta. Hasta que vuelve, ellos continúan en la misma actitud. Ella, en el sillón. El, paseándose.)

MUCAMO.—(Entrando.) Aquí está todo. (Deja café y champagne sobre la mesa y sale, cerrando la puerta. Se arriman los dos a la mesa en silencio. Ella va a servir, pero le tiemblan las manos.)

ELVIRA.—No puedo. Sirva usted. Es ridículo, pero estoy temblando. (Sirve él y toman el café en silencio.) Perdóneme, Juan Carlos, esta escena estúpida.

JUAN.—Hemos caído en una hábil trampa. Ya pasó... ¿Qué vamos a hacer ahora?...

ELVIRA.—Yo qué sé.

JUAN.—Oyeme tranquila. Vas a divorciarte. No sabes la dura prueba que te espera. Necesitarás de todo tu valor.

ELVIRA.—Es lo de menos...

JUAN.—¿Y después?...

ELVIRA.—Después... Dios dirá.

JUAN.—(Tomándole las manos y aproximándose a ella.) ¿Quieres quedarte aquí?

ELVIRA.—¿Y Gracia?

JUAN.—Tienes razón. Yo te llevaré al campo con mi madre. Es muy buena, muy viejita. Tiene sus ideas, pero tú te la conquistarás. Y cuando termine tu divorcio, me casaré contigo...

ELVIRA.—¿Qué?...

JUAN.—Si tú quieres. Hace un momento te juré que te quería. Vi tus ojos. Hubiera hecho de tí mi querida. El destino hace que puedas ser mi novia.

ELVIRA.—¿Y Gracia?

JUAN.—Con tiempo...

ELVIRA.—Sufriré.

JUAN.—No. O muy poco. Es una chica. Además... También sufrirás tú. A ella, otro la hará más feliz...

ELVIRA.—Pero tú la quieres...

JUAN.—En este momento te quiero a tí sola. Además, es irremediable. No la humillemos nombrándola, pobre amorcito... (Pausa larga. Los dos piensan.)

ELVIRA.—Tenemos que tranquilizarnos antes de decidir nada. Yo me iré ahora a casa de Gloria.

JUAN.—Gloria, tienes razón...

ELVIRA.—Hace tiempo que no la veo. Tengo tan dejado todo.

JUAN.—Yo puedo ir primero a...

ELVIRA.—No. No hace falta. Iré a su casa y le diré: Aquí estoy. Y ella me abrirá los brazos sin preguntarme más. Gloria no es como las demás personas. Es ella.

JUAN.—Como tú. (Le besa la mano.) Mi novia... Ahora eres mi novia aunque no lo quieras... (Le saca el anillo de casamiento, lo mira... Luego se saca el de él y pone los dos sobre la mesa.) ¿Te acuerdas cuando te probaste el anillo de Gracia?...

ELVIRA.—Oh, sí... ¿Quién nos hubiera dicho!...

JUAN.—Bueno... no te entristezcas... Olvida... Luego iremos los dos a casa de Gloria. Pero primero vamos a tomar champagne. (Se levanta, descorcha la botella y sirve. Mientras habla...) Eres una novia que me ha regalado la Primavera. Toma. Brindemos a lo Imprevisto, señor del mundo, y a nuestra dicha... Bebe... Y ahora bésame. ¿Ves? (La besa.) Novia de la primavera. Novia florida... (Vuelve a besarla...)

T E L O N

ACTO TERCERO

Saloncito de casa de Gloria Brena, donde vive Elvira. Artístico desorden. Un gran piano. Sofás anchos y muelles, sillones, almohadones, flores, mesitas de fumar, cigarrillos, libros. Ventana al foro, izquierda. Puerta al lado izquierdo, para la calle; a la derecha, para las habitaciones.
(GLORIA, tirada en un sofá, corrige pruebas de imprenta. ELVIRA, mira la calle, de pie, tras la ventana.)

ESCENA I

GLORIA y ELVIRA

GLORIA.—(Termina de corregir y tira las pruebas sobre una mesita.) ¡Uff... por fin! ¿Qué miras, Elvira?

ELVIRA.—Llover. Lluve de una manera magnífica... (Suspira.) Cuando llueve, me siento otra mujer.

GLORIA.—Y te pones tonta.

ELVIRA.—Tonta, romántica y vagabunda. Me gusta salir, rodar en tren, pensar en cosas vagas, tener un poco de frío... Lloviendo he descubierto los rincones más lindos de Buenos Aires... He andado tanto. (Viene lentamente, hasta sentarse frente a Gloria.) Y luego, meterse en un cafetín obscuro y siniestro a tomar café bien caliente...

GLORIA.—Es un placer barato.

ELVIRA.—Y original.

GLORIA.—Que hoy no puedes tener...

ELVIRA.—Lo malo será que ese cuervo reumático de Baudrix no vendrá hoy...

GLORIA.—Y Juan Carlos dijo que sería hoy sin falta...

ELVIRA.—Ya verás como la noticia la trae él primero. En cuanto firme el juez estará aquí. (Ha tomado las pruebas de Gloria y las mira.) Qué cosa rara es una prueba de imprenta, ¿verdad?... Cuántas cosas sugiere... Esto... Esto será tu novela... "Las cerebrales"...

GLORIA.—Ya no se llamará así. Ahora se llamará "Las descentradas"...

ELVIRA.—"Las descentradas". Novela por Gloria Brena. Gloria... Tienes un nombre simbólico. ¿Te esperará tu tocaya por algún recodo?...

GLORIA.—Quizá... O no. Tengo demasiado talento para que la gloria venga a mí...

ELVIRA.—Hombre. No creo que sea el talento precisamente lo que estorbe.

GLORIA.—Estorbar, no estorba, pero sobra. Todo lo que hay aquí de talento, está demás. Lo verás... Mi tocaya es el premio del genio; pero para llegar a ella, el genio no basta. Hay que trabajar. Ella ama los obreros rudos que se le sacrifican... que sangran por ella. Es una vampiresa. Por eso, siempre, el que triunfa es el más trabajador, no el más inteligente... Es sueño vago, inerte, ¡qué hermoso es!... ¡Si yo pudiera de un modo rápido y magnífico fijar lo que vive en mí muchas veces! Al escribirlo, entre las líneas negras, rectas, iguales, se va el calor del alma, queda la forma fría... Y huye el sueño. Y no puede asirse el sueño para atarlo al papel... Esto... (Por las pruebas.) tal vez sea tonto, mediocre, pero aquí... (La frente.) era bello... ¡oh, bello!... Era sangre de mi alma...

ELVIRA.—¿Por qué no crees nunca en lo que haces?... Estás enferma de no tener confianza en tí misma...

GLORIA.—Como todos los audaces...

ELVIRA.—Déjame leerla... Si me dejaras...

GLORIA.—Ya la leerás. Cuando sea libro... cuando no sea ya mía... Y te encontrarás un poco en ella.

ELVIRA.—Supongo que no te habrás metido conmigo...

GLORIA.—Un poco contigo, un poco conmigo. Mi heroína es hermana nuestra... En ella estamos nosotras, todas nosotras... Las que no pensamos, las que no sentimos, las que no vivimos como las demás. Las que entre la gente burguesa somos ovejas negras y entre las ovejas negras somos inmaculadas...

ELVIRA.—Será original... Has visto que en la novela, en el teatro, no vemos más que tipos vulgares, palabras vulgares, conflictos vulgares... Cómo he buscado en toda nuestra literatura un tipo nuevo, un ser vivo, una mujer... ¡Y qué infructuosa búsqueda! ¡Muñecos, muñecos, muñecos!...

GLORIA.—¡Tonta! Hay que hacer eso... Ya ves, nosotras... si nos "literatizaran", por ejemplo, mi caso, el tuyo... todos los críticos en coro unánime se burlarían del autor, lo insultarían. Dirían que no había lógica en el asunto, que eran arbitrarios los personajes, inverosímil su psicología, folletinescos los recursos. Sabe Dios lo que dirían. Ya verás lo que me dicen a mí de mi libro. Y me tendrá sin cuidado. Yo escribo para mí misma, no para los demás...

ELVIRA.—Todos empiezan escribiendo para sí mismos y terminan escribiendo para los demás. ¡Está tan lleno de sueños el principio de todos los caminos! Sueña una con dominar a la vida, con ser algo, con tantas cosas... Hasta sueña con vivir espléndidamente para la humanidad y termina viviendo ferozmente para sí misma. Se van dejando atrás los sueños, se va uno enfangando...

GLORIA.—Es que los sueños también estorban. Todo estorba si lo que buscamos es ser felices... (Pausa. Hosca.) Hay que arrancarse una a una todas esas cosas estúpidas con las que no se debía nacer... Sueños brillantes, talento, ambición, generosidad, ansia de vida... todo, todo lo que puede hacernos nobles y redimirnos... todo. Cortarlo de raíz, arrancarlo, volverse una bestia pintada y adornada. Nada más...

ELVIRA.—No tanto, Gloria...

GLORIA.—Sí, tanto. Así, crudamente. ¿Por qué tenerle miedo a las palabras? Yo lo que digo lo he sentido en carne mía... (Transición.) Bueno, hablemos del libro... Escúchame... Allí divido a la mujer en tres categorías: las sufragistas — que tú aborreces...

ELVIRA.—Yo no las aborrezco.

GLORIA.—Bueno, de las que te ríes.

ELVIRA.—Reirse es de muy mal gusto. Me sonrío...

GLORIA.—Luego la mujer femenina, la del crochet simbólico... Claro, bajo el punto de vista social y entre las mujeres honradas.

ELVIRA.—Honrada es una palabra que puede estirarse mucho...

GLORIA.—Como todo en la vida... Sólo dejo fuera a las pobres caídas, a las pobres hermanitas, a las que puso su destino a un margen de la vida.

ELVIRA.—Hay con ellas una sub-categoría.

GLORIA.—Déjalas. Esas no pesan. Esas son muertas. Bueno, las gentes no ven más que dos categorías de mujeres: la que se llama mujer de hogar, porque no cabe en otra definición, aunque las otras manejen su hogar mejor que ellas, y esas feas marimachos... Entiende que en todo hay infinitas gradaciones...

ELVIRA.—Me he fijado.

GLORIA.—Pero no te has fijado, ni nadie se ha fijado en la tercera categoría, de la que nosotras somos dignas representantes... Aquí no hay gradaciones, no... Somos muy pocas las descentradas. Y lo ocultamos como un pecado... Y somos tan descentradas, que caemos en cualquiera de las otras categorías.

ELVIRA.—Hasta en la sub-categoría...

GLORIA.—Hasta en esa. Con extraordinaria facilidad.

ELVIRA.—Entonces, quedarse descentrada ya es un centro.

GLORIA.—Y claro... Somos las que sufrimos, las rebeldes a nuestra

condición estúpida de muñecas de bazar... Entiéndeme bien. No de mujer. No queremos los derechos de los hombres. Que se los guarden... Saber ser mujer es admirable. Y nosotras sólo queremos ser mujeres en toda nuestra espléndida feminidad. Los derechos que queremos son sólo los que nos dé nuestro talento...

ESCENA II

ELVIRA, GLORIA y MUCAMA

MUCAMA.—(Entrando.) El señor Baudrix pregunta por la señora Elvira.

ELVIRA.—Por fin. Que pase. (Sale la mucama.) Y mira lo que conseguimos. Para esto nos sirve a nosotras el talento.

GLORIA.—Pero sal a recibirlo. Trae tu libertad.

ELVIRA.—(Sin moverse.) Te juro que no siento la menor emoción... Mi libertad la sentí desde que entré en tu casa hospitalaria... Más de un año ya. Esta libertad legal no me turba...

ESCENA III

GLORIA, ELVIRA y BAUDRIX

BAUDRIX.—(Entrando, da la mano a las señoras, que no se mueven.) Buenas tardes, señoras...

ELVIRA.—Salud, Baudrix. Siéntese.

GLORIA.—Buenas tardes, prosaico portador de una libertad que no emociona. A ver; dónde está esa libertad.

BAUDRIX.—(Sentándose.) No sé si aún firmó el juez.

ELVIRA.—Entonces...

BAUDRIX.—No fui a los tribunales. Me trae otro asunto más serio, más...

ELVIRA.—¿Más qué?... (Alarmada.)

BAUDRIX.—Nada grave. Hay que escuchar con paciencia un momento. Usted, señora Elvira...

ELVIRA.—Sí, pero ya sabe que no puedo con las reticencias.

BAUDRIX.—Abreviaré. Abreviaré... Usted sabe que en este asunto su esposo...

ELVIRA.—¿Cómo?

GLORIA.—Su ex-esposo.

BAUDRIX.—Disculpe. La costumbre. El doctor López Torres no ha economizado ni tiempo ni dinero. Se ha hecho todo hábil, discretamente, sin el escándalo que parecía inevitable, sin ofender a usted en lo más mínimo.

ELVIRA.—No me explico a qué viene todo esto...

GLORIA.—López Torres ha evitado el escándalo por su situación política, que le ha interesado siempre más que su actuación conyugal.

BAUDRIX.—Exacto, señora, exactísimo.

GLORIA.—Y en las vinculaciones íntimas, que duelen más que el escándalo social, que siempre es lejano.

ELVIRA.—Y que a mí no me interesaba...

GLORIA.—Ha sido brutal, implacable...

ELVIRA.—Pero, ¿a qué viene todo esto?...

GLORIA.—No sé...

BAUDRIX.—Atiéndame, señora. Su esposo, que llegará de provincias esta noche, me encarga, cerca de usted, una comisión delicada.

ELVIRA.—(Poniéndose de pie bruscamente.) ¿Qué quiere todavía?

BAUDRIX.—No se altere, señora. Es una simple proposición que honra a su digno ex-cónyuge.

GLORIA.—(Riendo.) Qué gracioso...

BAUDRIX.—¿Qué es lo gracioso, señora?

GLORIA.—Nada, siga.

BAUDRIX.—(Sacando una carta de su cartera.) En fin, leeré a usted, señora, para que pueda darse cuenta mejor, unos párrafos de la carta...

GLORIA.—Siéntate.

ELVIRA.—(Sin sentarse.) Estoy bien así.

BAUDRIX.—(Se pone las gafas. Lee.) "Verá usted, amigo mío, en el día,

si le es posible, a la señora Elvira Ancizar y le dirá de mi parte"... (Elvira suspira y se pasa la mano por la frente.) ¿Qué hay, señora?

ELVIRA.—Nada. Siga.

BAUDRIX.—... "que me consta que de su modestísima fortuna que le fué entregada por usted, no posee ya nada absolutamente."

GLORIA.—¿Y qué le importa a él?

ELVIRA.—Siga, Baudrix.

BAUDRIX.—"Que como no ha habido hijos de la unión, como el divorcio y fallos probatorios le son desfavorables terminantemente, no tengo por qué ayudarla pecuniariamente y si intento algo en ese sentido, es porque a pesar de lo pasado guardo por ella un afecto leal y quisiera verla a cubierto de la miseria." (Pausa. Gloria y Elvira se miran comprendiéndose.)

ELVIRA.—Siga, pues.

BAUDRIX.—"Si ella se presta a vivir en Europa, entiéndalo bien, en Europa, sea en la capital que ella elija"...

GLORIA.—¿No podría ser en Africa?

BAUDRIX.—(Tontamente.) No sé. Se consultaría.

ELVIRA.—(Con reproche.) Gloria... Siga, Baudrix.

BAUDRIX.—"Le asignaré mensualmente una cantidad que puede fijarse en quinientos o seiscientos pesos moneda nacional. Pero es indispensable que salga de Buenos Aires en veinticuatro horas."

GLORIA.—Estorbas... (Recalcando.)

ELVIRA.—Callate. (A Baudrix.) Siga.

BAUDRIX.—"Procure hacerle presente la formalidad de este contrato y su conveniencia. El capricho de permanecer en Buenos Aires puede traerle graves e imprevistas consecuencias..."

ELVIRA.—¿Amenazas? (Pausa.) Siga.

BAUDRIX.—Nada más. Siguen formalidades. ¿Qué contesto? Esta noche, o lo más tarde mañana, tengo que verlo... (Elvira, nerviosa, va hacia la ventana y vuelve. Gloria cambia de sitio. Pausa larga.)

ELVIRA.—Baudrix: Dígale a mi marido que le ahorro todo lo que a eso debía contestarle...

GLORIA.—Y dígale de mi parte que es un hipócrita y un cínico. Oh, la hipocresía de los hombres graves, de los rectos...

ELVIRA.—Callate, Gloria... (A Baudrix.) No acepto. Amargó mi juventud, torció mi vida. No protesto. Al casarme con él le di ese derecho. No busco tampoco justificar hechos pasados. No me importan. Pero le niego el derecho de desterrarme. Rechazo conasco su vergonzante limosna. Si me hace falta trabajaré y que ni él ni sus secuaces, ¿entiende?, se pongan en mi camino... Y sea usted el primero en anunciar a su dignísimo amigo que me casaré. En seguida. Ya ve. No lo avergonzaré trabajando. (Ante el gesto de Baudrix.) Me parece que tengo derecho a mi parte de felicidad en la vida. Ni una palabra más. No acepto. Buenas tardes. (Sale.)

ESCENA IV

BAUDRIX y GLORIA

BAUDRIX.—¿Que se casará, ha dicho?

GLORIA.—Y qué tiene eso de particular...

BAUDRIX.—¿Pero quién?... ¿El joven aquél?... Esto complica el asunto.

GLORIA.—Lo simplifica, señor. (Llama. Pausa violenta... Baudrix se levanta.)

BAUDRIX.—Bueno, señora, presente mis respetos a la señora Elvira y dígame que lamento... Que estoy siempre a su disposición...

ESCENA V

GLORIA, BAUDRIX y MUCAMA

GLORIA.—Acompaña al señor.

BAUDRIX.—(Dándole la mano.) Adiós, señora Gloria,

GLORIA.—Hasta siempre. (Sale Baudrix con la mucama.)

ESCENA VI
GLORIA y ELVIRA

GLORIA.—(Limpiándose la mano.) Ave negra, qué asco me das tú y el otro, y el otro y todos...

ELVIRA.—(Entrando.) ¿Se fué ese bicho?

GLORIA.—Sí. Ven. Vamos a hablar mal de él.

ELVIRA.—(Sentándose.) ¿Te has dado cuenta, Gloria...?

GLORIA.—Sí. Y no te creas... Sería una solución... Claro; sin Juan Carlos...

ELVIRA.—Jamás tomaría yo nada de él, jamás...

GLORIA.—O lo tomarías. ¿No lo tomabas antes? Con un poco de sofistería, ya estarías convencida de que es su obligación...

ELVIRA.—Siempre he dicho que no.

GLORIA.—Pero ustedes las mujeres...

ELVIRA.—¿Ustedes?...

GLORIA.—Sí, ustedes. Cambian de opinión con la misma facilidad que los hombres. La única diferencia que hay es que creen apasionadamente en la opinión del momento, lo que es una ventaja para ellos que no tienen que sufrir ni siquiera el dolor de cambiar...

ELVIRA.—Qué escéptica estás hoy, che.

ESCENA VII
GLORIA, ELVIRA y MUCAMA

MUCAMA.—(Entrando con una carta.) De parte del niño Juan Carlos.

ELVIRA.—Trae. (La lee despacio.)

MUCAMA.—¿Hay contestación?

ELVIRA.—No. Que está bien. (Sale la mucama.)

ESCENA VIII
GLORIA y ELVIRA

ELVIRA.—(Vuelve a leer y sonríe.) Qué loco es...

GLORIA.—(Con ironía.) ¿Piensas aprendértela de memoria? (Elvira sigue leyendo.) ¿Y se puede saber lo que te dice?...

ELVIRA.—(Después de un momento.) Dice que ya firmó el juez, que se queda a esperar un documento que debemos llevar en la valija cuando tomemos el vapor para Montevideo... (Sonriendo a lo que ha leído.) Hay también un ditrambo a Montevideo y a sus leyes...

GLORIA.—¿A Montevideo, dice?... Enseñame la carta, ¿quierés?

ELVIRA.—No.

GLORIA.—¿Por qué? ¿Temés que le plagie el estilo?

ELVIRA.—(Doblando la carta y metiéndosela en el seno.) No, riquísima, pero vos te divertís de tus lindas narices.

GLORIA.—(Después de una pausa.) Me voy... y con programa de tranvía hasta la imprenta, yo que no amo los vagabundeos llovidos como vos...

ELVIRA.—Quedate, no salgas.

GLORIA.—(Sin moverse.) Tengo que ir. (Pausa larga. Piensan.)

ELVIRA.—(Supirando.) Qué feliz soy, Gloria... Tú no puedes comprenderlo... Quién me hubiera dicho que en el último recodo, a la edad en que todas las mujeres cumplieron ya su destino, me aguardaba a mí la felicidad impensada, enorme, única...

GLORIA.—¿Y si la felicidad fuera sólo una palabra?

ELVIRA.—No. Existe, existe...

GLORIA.—Pero no es para tí. Es de "ellas". De las otras. ¿Tú crees que puede alguna vez ser nuestra? No es para las inteligentes, para las capaces de ir solas por la vida, para las rebeldes. Es para las otras, es el patrimonio de ellas, el de las esclavas, el de las vulgares...

ELVIRA.—¿Pero crees tú que yo seguiré siendo "descentrada"? (Ríe dulcemente.) Tendré el supremo talento de saber ser insignificante. Y seré feliz. Juan Carlos es pobre. Haré su comida, plancharé sus pantalones. Hasta engordaré.

GLORIA.—Eso es muy importante.

ELVIRA.—Y tendré hijos, hijos, juntaré en mi regazo dos o tres cabeecitas rubias y morenas. ¡Cómo los querré! Toda la dicha que me darán mis hijos, Gloria... No pensaré ya en nada, no seré ya nada.

GLORIA.—Pero, ¿lo amas así?

ELVIRA.—¿Y no lo has comprendido? Ni sé yo cómo. Como una criatura ingenua. Con romanticismos de colegiala. Y tengo hasta miedo de que él comprenda que en mí ha nacido como un alma nueva. No puedo decirselo. O me le muestro como antes, fría, cínica, o ante su palabrerío de niño amante me turbo. Amar así a mi edad, con toda una vida detrás, encaneciendo. Yo, que siempre he tenido un pudor salvaje de mi sentimentalismo, que hubiera preferido mostrarme desnuda a dejar ver un rincón de mi espíritu... Y no sé, no sé. La lluvia, la dicha que se acerca, y tengo una angustia, algo que me ahoga. Eso me hace hablar, perdóname, Gloria...

GLORIA.—¿Perdonar qué? Si no me abres a mí tu alma...

ELVIRA.—Tienes razón. Si yo no te hubiera tenido a tí... (Pausa larga. Piensan.) A veces yo he visto por la calle gentes que van andando con una expresión de dicha casi tonta. Ya sé lo que es. Ahora yo me sorprendo a veces con esa expresión. Sonriendo a mi ensueño...

GLORIA.—A las cabecitas rubias y morenas. (Otra pausa. Quedan ensimismadas.) Los hijos. Es la única verdad de la vida. Yo me defiendo de su recuerdo, quiero echarme un candado en el alma, quiero tener valor. Y me aturdo y me rodeo de todos estos muñecos que forjo, que son algo hijos míos también. (Por los papeles.) Y de repente todo se desvanece. Veo sus caritas, los oigo reír, y extendiendo los brazos y no hallo más que vacío; y ellos allá, criados allá, no llegarán a comprenderme jamás... Oh, y yo misma no sé lo que quiero. A veces pienso que fui una loca corriendo tras un fantasma; que la verdad estaba allí, en aquella angustia que no era mayor que ésta... Y quiero llenar mi vida con esto, pobre ilusión de desesperada... Pero no, no es posible; estoy sola, todo está vacío. En estos días, contigo, revivo yo los días de mi divorcio... Será por eso...

ELVIRA.—No hables así, Gloria, por favor. Me tienes a mí. Reharás tu vida como yo...

GLORIA.—(Con voz desgarrada.) No. Tú no tienes hijos. A tí no te han quitado tus hijos.

ELVIRA.—Sí. Pero no sabes la pobre criatura desesperada que he sido. No puede haber mayor angustia, mayor desesperanza. A veces pienso en las cosas que hacía y decía cuando era "buena" y siento vergüenza y piedad de mí misma. He estado loca. Han sido cosas de las que no puede decirse una ni a sí misma. Era vergüenza, era horror, era odio... El odio que enloquece... Si no hubiera tenido un alma honrada, me habría encanallado. Así, me "descen-tré" como dices tú.

GLORIA.—Es que descentradas sólo pueden serlo las muy desgraciadas. Tan desgraciadas que hasta tienen talento para comprender lo desgraciadas que son...

ESCENA IX

GLORIA, ELVIRA y MUCAMA

MUCAMA.—(Entrando.) Dos señoras preguntan por la señora Elvira.

ELVIRA.—¿Quién?

MUCAMA.—No han venido nunca.

ELVIRA.—(Angustiada.) ¿Quiénes serán, Gloria?...

MUCAMA.—¿Las hago pasar?

GLORIA.—No. Espera. Voy yo. (Salen Gloria y mucama.)

ESCENA X

(ELVIRA, ansiosa, espera... Entran, primero GRACIA y luego GLORIA con ADELINA. Esta escena del encuentro de las dos mujeres es intensa y debe sentirse.)

ESCENA XI

ELVIRA, GRACIA, GLORIA y ADELINA

GRACIA.—(Entrando.) ¡Elvira, Elvirota!

ELVIRA.—(Se queda fría, reacciona y le abre los brazos.) ¡Gracia! (Gracia llora sacudiéndose entera. Elvira le quita el sombrero.) ¿Qué tienes? No llores así...

GRACIA.—(Serenándose.) Por fin, por fin te veo, Elvirota...

ADELINA.—(Abraza también a Elvira, sin dejar de hacer pucheros.) ¿Cómo está, Elvira? Tanto tiempo, ¿no?

ELVIRA.—Bien, Adelina, muy bien... Pero siéntense. Gracia, no llores, chiquita. (Se sientan juntas en el sofá.)

GRACIA.—Tengo tanto, tanto que contarte... Pero, ¿por qué te escondiste así?

ELVIRA.—Y qué iba a hacer...

GRACIA.—Mostrarte, defenderte, venir al lado de quien te quiere...

GLORIA.—Yo la quiero mucho.

GRACIA.—Sí, Gloria, perdón. Usted es muy buena. Pero nosotras éramos como su familia.

GLORIA.—¿Y tu mamá?

GRACIA.—Mamá... no sé. Su mayor ofensa fué tu desaparición. Ahora no te nombra. En casa nadie te nombra. Es como una conjuración. Ni Juan Carlos. Hasta él me pidió que nunca pronunciara tu nombre.

ADELINA.—Ya ves lo que son los hombres, hija; él, tan amigo tuyo, por Dios que parecía no ver más que por tus ojos.

ELVIRA.—(Recibe el golpe, reacciona. Habla con voz helada como toda ella.) ¿Siempre sigues con Juan Carlos?

GRACIA.—Siempre. (Vuelve a besarla.) Elvira mía, querida; ¡cuánta falta me hacías!... Tú no te imaginas cómo hemos sufrido todos por tí... Mamá hasta se enfermó. Ella al principio decía... y yo también: "No es posible; si Elvira hubiera tenido algo lo habríamos visto. Estamos con ella todos los momentos, no tenemos un amigo que no sea común... y ella es incapaz de ocultar nada."

ELVIRA.—Yo soy un monstruo de hipocresía, Gracia.

GRACIA.—¿Por qué dices eso?

ELVIRA.—(Hace un gesto vago.) ¿Quieres ser buena y contarme qué y cómo lo supieron ustedes?

GRACIA.—Mirá. Llegó esa noche tu marido y se encerró con mamá. Mamá salió llorando y nos dijo... no sé cómo...

ELVIRA.—No me ofendes, tesoro. Dilo.

GRACIA.—Que a vos te habían encontrado por ahí... con un hombre...

ADELINA.—Con un hombre soltero que era tu...

ELVIRA.—Amante.

GRACIA.—Eso. Que habías firmado un acta. Que no te veríamos más, pues te ibas a Montevideo a divorciarte...

ELVIRA.—¿No les dijo López Torres quién era... mi amante?...

GRACIA.—No. Tal vez a mamá.

GLORIA.—¿Y Juan Carlos qué opinaba?

GRACIA.—Oh, todo se me juntó en ese tiempo. Juan Carlos estaba enfermo y después se fué al campo más de tres meses... Ahora casi siempre está en el campo...

ELVIRA.—Oyeme, Gracia. Vas a decirle a tu mamá que yo no quiero justificarme, ni lo busco. Que te agradezco tanto que hayas venido a verme... Y que Elvira, no ésta, sino la chica aquella que ella tanto quiso... que le juro por mi madre muerta que yo era inocente. Que eso fué una infamia de López Torres... y que el hombre con quien me encontraron era sólo un amigo, sólo un amigo... Recuérdalo, Gracia.

GRACIA.—Y entonces por qué...

ELVIRA.—Tal vez algún día sepas quién era ese hombre y te explicarás muchas cosas. (Antes de terminar esta frase, Adelina, que ha estado haciendo pucheros y dando suspiros desde que llegó, estalla en un llanto de jipios.)

GLORIA.—(Atendiéndola.) ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?...

ELVIRA.—¿Qué hay?

GLORIA.—Nada. Adelina, que ha perdido una ilusión novelesca.

ADELINA.—No... no puedo más. Esto me da mucha pena... ay, ay...

ELVIRA.—(Con un gesto, a Gloria.) Llévatela...

GLORIA.—Venga, Adelina, le voy a dar agua con azahar y verá de paso qué lindo comedorcito tenemos... venga. (Salen despacio las dos: Adelina y Gloria.)

ESCENA XII

GRACIA y ELVIRA

ELVIRA.—Esta Adelinita, siempre tan sensible...

GRACIA.—Pobre, es buena... No te imaginas cómo te ha defendido. Cómo hemos hablado las dos de vos. Antes no te quería mucho, pero después...

ELVIRA.—Es que tiene como todas las solteras la fruición del pecado. Como el pecado no las quiere a ellas, ellas viven del pecado de las otras.

GRACIA.—Pero Adelina es una santa, querida, ella no te ha condenado jamás.

ELVIRA.—Ya lo sé. Es la misma cosa. Las que lo condenan es porque quieren vivirlo también. Es cuestión de temperamentos. Sin embargo, se lo agradezco, se lo agradezco mucho...

GRACIA.—Qué cambiada te noto...

ELVIRA.—¿Más vieja?...

GRACIA.—No. Más grave, más seria... Otra...

ELVIRA.—No lo sabes bien. Aquella loca fué una cosa ficticia que murió. Yo era muy desgraciada, hijita mía.

GRACIA.—Yo te comprendo, Elvira. ¿Te acuerdas que siempre me decías que cuando hubiese sufrido sería más comprensiva?... Ahora que he sufrido tanto...

ELVIRA.—(Sonriendo.) Tus penas... dulces penas de niña...

GRACIA.—No. Ya, penas de mujer... ¡Y cómo me has hecho falta!... Yo sola, teniendo que sufrir sola, sin vos, sin tu consuelo...

ELVIRA.—¿Juan Carlos?...

GRACIA.—Va a dejarme, Elvira, va a dejarme... Ya me ha dejado dos o tres veces... Se va, vuelve... Y yo sufro, me humillo, suplico... Ahora, hace tres meses no sé nada de él. Busca darme pretextos para que yo lo deje... Y yo lo quiero, lo quiero desesperadamente... (Llora)

ELVIRA.—Qué horror...

GRACIA.—Cuando tu asunto, yo ya estaba pronta... nos faltaban dos semanas para casarnos, ¿recuerdas? Pero no es eso... Lo que la gente diga, ya ni me importa... Es que lo quiero...

ELVIRA.—¿Se lo dices?...

GRACIA.—Oh, sí...

ELVIRA.—¿Y él...?

GRACIA.—¿El? Yo qué sé... Cuando se fué me decía... júrame que pase lo que pase crearás siempre que fuiste mi único amor... Lo más bueno y puro que pude tener en la vida... Me deja y me quiere. Me tiene que querer...

ELVIRA.—Te tiene que querer...

ESCENA XIII

ELVIRA, GRACIA, GLORIA y ADELINA

GLORIA.—(Desde la puerta.) Estamos de vuelta.

GRACIA.—Que no oiga Adelinita...

ELVIRA.—Así que Jorge...

GRACIA.—Figurate. El dramaturgo de moda...

GLORIA.—Me contaba Adelinita cómo nos encontraron. Ayer Blanquita nos había visto.

ELVIRA.—Pues lo disimuló bien.

GLORIA.—¿Te das cuenta? Anoche se lo dijo a Adelina y ella esta mañana se fué al diario a preguntar por mí. Allí le dijeron que vivías conmigo...

ELVIRA.—(Alarmada.) ¿Quién...?

GLORIA.—(Tranquillizándola con un gesto.) No sé...

ADELINA.—Un señor muy simpático. De lentes...

GRACIA.—Juan Carlos debía saberlo...

ELVIRA.—No. Tal vez...

ADELINA.—Es muy tarde. Gracita. Debíamos irnos...

GRACIA.—(Se pone el sombrero, se levanta.) Bueno...

GLORIA.—¿Quieres polvos?

GRACIA.—No. Así voy bien... (A Elvira.) Mira, Elvira. Yo estoy segura que mamá vendrá mañana a verte... Estoy segura... Y querrá que te vengas con nosotras...

ADELINA.—Yo también volveré. ¡Qué chiche de casita! Tan amorosa... Parece de novios. ¿No? (Van saliendo. Se despiden de Gloria en la puerta.) Hasta la vista, Gloria...

GLORIA.—(Por la casa.) Está a su disposición. Hasta siempre. (Se dan la mano.)

GRACIA.—(Besa a Gloria.) Gracias por todo, Gloria.

ELVIRA.—Yo bajo. (Salen las tres.)

ESCENA XIV

(GLORIA, sola, queda de pie, pensativa, y luego entra a las habitaciones.)

ESCENA XV

ELVIRA sola.

ELVIRA.—(Entra, se sienta, saca la carta del pecho y la lee.) Pobre Juan Carlos... Pobre niño mío... (La rompe en pedacitos y se queda pensativa mirándolos.)

ESCENA XVI

ELVIRA y GLORIA

GLORIA.—(Entra con impermeable y un gorrito oscuro. Elegante. Se pone a arreglar sus pruebas.) ¿Qué me dices? Jamás me habría esperado yo esta visita...

ELVIRA.—Ni yo. Al principio sí... oh, cómo la esperé...

GLORIA.—Te has quedado triste. Bueno, me voy. (Va a salir.)

ELVIRA.—No. Deja las pruebas. No vayas a la imprenta...

GLORIA.—(Sentándose.) Bueno. No voy...

ELVIRA.—No te sientes... Vas a ir ahora, en seguida, a casa de Baudrix. Le dices que haré todo lo que ellos digan. Que me irá. Pero que quiero salir esta misma noche para Montevideo y allí esperar el primer vapor que pase para Europa. Irás en seguida. ¿verdad? (Gloria la mira fijamente.) Habla, contéstame. ¿Por qué me miras así?

GLORIA.—Pero... ¿Te has vuelto loca? ¿Sabes lo que has dicho? (Elvira niega y afirma solamente con el gesto.) ¿Qué vas a hacer?...

ELVIRA.—Nada. Voy a regalar Juan Carlos a Gracia.

GLORIA.—¿Qué estás diciendo?

ELVIRA.—Algo bien claro. Que quiero irme. Una vez más he cambiado de rumbo en la vida. (Pausa. Gloria sigue mirándola.) Les dices que vivirá donde ellos quieran, en cualquier parte... o donde tú quieras... Porque tú vendrás conmigo... ¿Verdad, Gloria, que no me dejarás?... Mira. Yo salgo esta noche y me escondo allí. Tú levantas nuestra casita y te vienes a buscarme. ¿Qué hacemos aquí? Lejos nos curaremos... Quizá podamos vivir... Le dices a Baudrix que quieres venir conmigo. Que yo pido eso. Y querrán, querrán...

GLORIA.—Es que no irá...

ELVIRA.—Gloria, sí...

GLORIA.—No. Estás loca. Recién me decías que querías a Juan Carlos con toda el alma, que ibas a ser dichosa, que ibas a tener hijos...

ELVIRA.—¡Yo digo tantas cosas!... Será esa una de mis tantas cosas...

GLORIA.—Ha sido Gracia, Gracia. ¿Por qué la recibí? ¿A qué vino aquí esa criatura estúpida? Nos dejaron, nos despreciaron y ahora... Y tú... tú caes ante su habilidad hipócrita... (Ante un gesto de protesta de Elvira.) Sí, te conoce, te conoce... Sabe lo que eres de impulsiva y de loca. Tiene la habilidad de todas las gentes estúpidas para defender su vida...

ELVIRA.—Callate. No hables así de Gracia... Bueno. Tú no la conoces...

Y yo la quiero... La enseñé a leer, a tocar el piano. De chiquita rompió mis muñecas... En mi casa helada fué la única alegría... Y si de chica le dí mis muñecas y de mujer mis trajes y mis joyas... qué de raro tiene que de casi vieja le dé mi dicha... Así, simplemente, como se da un lazo... Tómallo, es tuyo... te pertenece por derecho de amor, por derecho de juventud, por derecho de pureza...

GLORIA.—(Mirándola fijamente, casi espantada, como la mira durante toda la escena.) Has caído ciega...

ELVIRA.—No. Me han arrancado una venda de los ojos... Aunque tú tuvieras razón... (Pausa.) Pero vé, apúrate, que pueda yo serenarme antes de que él llegue.

GLORIA.—No iré jamás. ¿Pero no te das cuenta de lo trágico, de lo espantoso que es esto?... Después de haber salido triunfadora y digna de todo el cprobio que quisieron echar sobre tí... Esto no puede ser hijo más que de tu afán por los grandes gestos. Por el gusto de epatar con un gesto imprevisible rompiste tu vida, hoy que por acaso puedes rehacerla... Toda cosa en la vida te hace sentirte actriz... Representar tragedias...

ELVIRA.—(Después de una pausa.) ¿Tragedias, dijiste? Las tragedias yo no las creo buenas más que para leídas. Representadas se ridiculizan.

GLORIA.—Lo que tú quieres es vivirlas.

ELVIRA.—No. Vivirlas es de muy mal gusto. Ser heroína de un drama... ¡qué horror!... Prefiero seguir siendo heroína de pochade. (Toma de encima de la mesa la caja de cigarrillos y, ante los ojos atónitos de Gloria, enciende uno.) Haré de esto un amable y elegante tropiezo... Aunque dentro... no sabes... (Se domina.) Si te dijera que dentro llevo la tragedia más sorda, más enorme... Si te lo dijera, me pondría en ridículo ante mí misma y por eso no te lo digo. ¿Fumas? (Le pasa la caja de cigarrillos.)

GLORIA.—(Rechazándola.) No fumo.

ELVIRA.—Haces mal. Son admirables estos cigarrillos. (Fuma en silencio. De repente tira con rabia el cigarrillo y se levanta.) Bueno. A mí ya estos cigarrillos de mujer me dan náuseas. Son demasiado vagos. Las cosas vagas son estúpidas y ya no las siento. Cualquiera día me encontrarán por la calle fumando toscanos; creo que no hay nada peor. Después, volveré a las pastillas de menta. Es el símbolo de la vida. En cigarrillos, en amor, en filosofía... La serpiente que se muerde la cola... (Dice esto paseándose mientras Gloria la mira compasivamente. Se para luego al lado de ella.) ¿Irás? ¿Verdad que irás?

GLORIA.—No iré.

ELVIRA.—Bueno. Iré yo.

GLORIA.—Pero piensa en lo que haces. Digas lo que digas, esa criatura no vale tu sacrificio.

ELVIRA.—(Volviendo a sentarse al lado de Gloria.) Si casi lo sé...

GLORIA.—¿Ves? Y ella no lo haría por tí.

ELVIRA.—Tampoco se le ocurriría. ¿Qué sabe ella de estos malabarismos sentimentales? Su visita de esta tarde vale en ella más que en mí el más absurdo de los renunciamientos... Nadie da más de lo que es capaz de dar...

GLORIA.—Piensa en las consecuencias de esta nueva locura...

ELVIRA.—¿Vas o no?

GLORIA.—En la humillación; en la situación moral en que te colocas...

ELVIRA.—¿Vas o no?

GLORIA.—No eres tú sola; ¿y él? Dispones de las vidas y de las almas como si estuvieras jugando al ajedrez.

ELVIRA.—Eso. El ajedrez. Estoy encerrada en un jaque-mate sentimental. Jugué mal.

GLORIA.—Jugaste admirablemente. Y al final de la partida das una patada al tablero.

ELVIRA.—¿Vas o no?

GLORIA.—De un hombre no puede disponerse como de una torre o de un alfil...

ELVIRA.—Verás cuán fácilmente dispongo yo de él... Lo conozco como

a mi piano. Sé donde falla. Sé cómo arrancar su más noble sonido... Juan Carlos quiere a Gracia.

GLORIA.—¿Estás loca?

ELVIRA.—Es un caso... y bien vulgar por cierto. Nos quiere a las dos. Es claro; a mí más. Se casará conmigo...

GLORIA.—¿Ves?

ELVIRA.—Y siempre tendrá el recuerdo de la otra, la novia, la sólo de él... ¿Crees tú que el encanto de una criatura pura que entrega su vida puede deshacerse con una palabra? Ya ves; no dejé de verla y me lo ocultó como un pecado... Y yo, que jamás conocí la lealtad, quería ahora toda la lealtad... Yo, que nunca tuve amor, quería ahora todo el amor... Ya siempre verla "eso" detrás de sus ojos... No me mires así... A mi edad ya no se muere nadie de amor. Se ama más, pero con más sabiduría... No habrá tragedia... Y la lejana triunfará. Pon en tu novela que cuando hay dos mujeres en la vida de un hombre, triunfa siempre la vencida, la lejana, la ya imposible... la que puede vestirse de ilusión... ¿Ves? Al dárselo lo conservo...

GLORIA.—Y aún quieres disfrazar tu sacrificio...

ELVIRA.—No creas jamás en los que se sacrifican. Detrás del más santo sacrificio se oculta siempre el más brutal egoísmo; como detrás del más brutal egoísmo puede estar el más bello sacrificio... Te parecerá una paradoja, pero es así. Detrás de las más absurdas paradojas brilla la verdad que ciega.

GLORIA.—Callate. Pareces un viejo filósofo cínico y sucio. Te emborrichas de palabras.

ELVIRA.—¿No hemos convenido muchas veces en que somos dos mujeres extraordinarias? Bueno. Las otras deshacen sus dolores con lágrimas. Yo los deshago con palabras. En mí, una paradoja equivale a un sollozo. Una frase hiriente vale una de esas tibias gotitas de agua amarga. Es más estético. Ya que somos desgraciadas, que nos quede siquiera el consuelo de ser originales. Dame otro cigarrillo.

GLORIA.—(Tirándole la caja.) Toma, Hedda Gabbler... (Elvira enciende un cigarrillo. Gloria la mira.) Siempre que veo, pongo por caso, en el teatro, que es el reino de los gestos, una situación de éstas, así, bellamente terminada, sonrío... Y al caer el telón, pienso: ahora empieza el drama...

ELVIRA.—¿Ves cómo me das la razón? Empezaría el drama si yo me casara con Juan Carlos... ¿No lo comprendes?... El fué para mí al principio sólo un consuelo, un descanso, una alegría... Luego fué el amor... El amor... Y sería mi marido, como el otro... ¿comprendes? Como el otro...

GLORIA.—(Bruscamente se levanta.) Iré. Saldrás esta noche.

ELVIRA.—(Queriendo abrazarla.) Gracias.

GLORIA.—(Rechazándola.) Déjame. Hasta luego. (Sale. Elvira queda de pie, agotada. Deja caer el cigarrillo y se sienta con un suspiro de enorme fatiga.)

ESCENA XVII

JUAN CARLOS y ELVIRA

(Casi cruzándose con Gloria, entra Juan Carlos.)

JUAN.—(Bullanguero, feliz, la abraza, la besuquea.) Elvira, podemos irnos mañana, por fin... (Ella está helada y hostil.) ¿No estás contenta? Ya no seré más tu novio...

ELVIRA.—(Rechazándolo sin brusquedad, lo besa en la frente y lo acaricia como a un perrito...) Qué niño eres... Siempre serás mi novio de juguete.

JUAN.—(Casi arrodillado en los almohadones, delante de ella, le toma las manos y con ellas se acaricia la cara y habla mimosamente...) ¿No te enloqueces de alegría? Por fin, después de esperar tanto...

ELVIRA.—¿Pero sigues creyendo seriamente en que voy a casarme contigo? (El la mira extraviado por sus palabras.) Ya he encontrado la solución para mi vida. Mi marido me dará tres mil pesos mensuales. Me voy a París. ¡Estoy tan contenta! Era un remordimiento demasiado grande para mí el sacrificarte.

JUAN.—¿Por qué bromeas en este momento?

ELVIRA.—Pero si no es broma, tontito, te lo juro... (Pausa. El se levanta y la mira asustado. Ella sigue.) No es tan malo el pobre López Torres; ya ves cómo piensa aún en mí. Ha sido tan delicado...

JUAN.—Pero tú olvidas... ¿Has vuelto a verlo?

ELVIRA.—¿Tendría nada de raro que lo viera? Después de todo es mi marido...

JUAN.—Callate. No sigas hablando... (Pausa. El la mira y ella esquiva.) ¿Pero por qué quieres ponerme así a prueba?... ¿Eres tú la que has hablado así?... Mi Elvira, mi amor, mi novia...

ELVIRA.—(Sin mirarlo.) Tontito... ¿Qué harías tú con una novia como yo?...

JUAN.—Pero mirame. (La toma de los dos brazos y la obliga a mirarlo. Ella sostiene la mirada. El la rechaza bruscamente y la deja sentada en el sofá, mientras se pasea.) Tus ojos... Ya están tus ojos como antes. Pero, ¿qué es lo que ha pasado por tí?

ELVIRA.—¿Qué tenían antes mis ojos?

JUAN.—No sé. Mirabas como ahora... Sí, sí... (Mirándola.) Son esos tus viejos ojos. (Ella ríe.) Por favor. No te rías así. (Pausa.) ¿Quieres volver a repetir eso que me has dicho?

ELVIRA.—De qué manera trágica tomas las cosas, hijo... Tú, como una solución, me ofreciste casarte conmigo en la ofuscación de un momento trágico. Yo casi acepté.

JUAN.—Aceptaste.

ELVIRA.—Conforme. No tenía otro remedio. Hoy en el ofrecimiento de mi marido...

JUAN.—Y si él no...

ELVIRA.—Me casaría contigo. (Ríe.) Eras mi carta de la reserva...

JUAN.—Pero prefieres el dinero. Y al tomarlo te colocas más bajo que una...

ELVIRA.—No digas palabras irreparables de las que más tarde tendrás que arrepentirte.

JUAN.—De lo que tendré que arrepentirme es de... No, no es posible...

ELVIRA.—Me porto honradamente no sacrificándote, no haciendo de tí un muñeco...

JUAN.—Pero yo no puedo estar loco... no... no... Oyeme. Sí. Al principio sí, tal vez... Pero luego... Tú sabes cómo te amo. Cómo te has adueñado de mí y de mi vida... para traicionarme...

ELVIRA.—Yo no te traiciono, bien lo sabes. No te he engañado jamás.

JUAN.—No me has hecho juramentos de amor, pero me amas. Mi instinto no puede equivocarse...

ELVIRA.—Esa es la palabra: instinto. El solo impulso que a mí te atrae, ¿ves?

JUAN.—Mientes, infame. Yo te he tratado como a la imagen de un altar. Temblando de deseo ante tí, no he tomado ni la punta de tus dedos. Y yo sabía que podía tomarte entera con sólo quererlo; que tus ojos que me huían lo que querían era esconder la pasión, que tus cálidas manos temblaban por mí, que eras dulce y buena porque el amor te había tornado al fin en la hembra sometida... Y yo sentía eso con orgullo sereno, y te respetaba porque tu turbación en mis brazos era para mí más dulce que el rubor de una virgen... Y te amaba, y te comprendía, y cada día te me tornabas más sagrada, más dolorosamente sagrada...

ELVIRA.—Hola... Mi profesor de manfichismo... El amigo de Vithi, al que me atrajo sólo su escepticismo, su cinismo elegante; el hombre de los diálogos cortantes e hirientes soñaba conmigo estas cosas... (Ríe.) conmigo... Y yo que pensé que lo que te hacía querer esto era solo el buscar una postura cómoda en la vida... Cómo iba a imaginarme que me acechaba todo este romanticismo de claro de luna... Es inútil; ya no puede creerse ni en vuestro cinismo... ¡Los hombres!... (Ríe.) Cuanto más deshecho por la vida, más desengañado de todo, más incrédulo, más cínico parezca un hombre, más a flor de piel lleva la ingenuidad... En ustedes jamás muere el niño...

JUAN.—Tienes razón mil veces... Sí. El hombre jamás llega a enfangarse del todo... No tiene lo voluptuosidad de la infamia como la hembra... que al descubrir hasta qué bajos abismos puede descender el alma humana, se goza en llegar hasta el fin, en revolcarse en su propia ignominia... Y de esas eres tú, y caerás alma y cuerpo hasta lo más bajo, porque eres la enamorada del mal, la sacerdotisa de todas las traiciones y yo no lo vi, sólo porque no quise verle, que tú ni el trabajo de ocultarlo te tomabas... Y yo disfracé tu infamia con mis sueños más puros...

ELVIRA.—¿También soy responsable de tu ceguera?

JUAN.—Sí. Llevas la mentira en los ojos y en los labios. Haces perjurio al que se acerca a tí... Y te amé... y te esperé como a la que llegaría ungida de azahares... Soñé para tí un rinconcito cálido de hogar; la mesa de mi madre... Tú, bajo nuestra vieja lámpara de pantalla rosa, cosiendo los pañales de los hijos que me darían tus entrañas... Envejecer juntos en mi vieja casa, bajo el parral soleado... Hasta que moriríamos en la misma almohada... Y no sé qué sueño era más intenso, si éste o el otro... el de tus ojos y el de tus labios... El de que fueras mía, mi amante de fuego... Y al verte sola, desvalida, entregada a mí, tenía hasta miedo de que mi deseo de hombre rompiera el encanto... Y mientras tú me traicionabas y me vendías y me encontrabas niño, yo, a fuerza de ser hombre, dominaba y ahogaba mi pasión para mejor amarte... (Su voz se quiebra casi en sollozos. Se sienta y esconde la cara entre las manos. Pausa larga. Elvira se domina con un esfuerzo sobrehumano.)

ELVIRA.—Hacías mal. Ya lo ves. Ahora es demasiado tarde...

JUAN.—(Mirándola con horror.) Tarde... Nunca es tarde con una mujer como tú. Pero me repugna. Aunque despertara en este momento como de un sueño, ya habría sentido el horror de tí... En un relámpago de razón te has visto tal como eres... Y había querido endiosarte en mi alma, y jamás mujer alguna fué más completamente amada que tú... (Se exalta.) No eres capaz de comprenderlo, de comprender siquiera todo lo que he sacrificado ante tus pies innobles.

ELVIRA.—(Lucha contra el vencimiento que la invade... El la mira jadeante. Por fin se domina. Como él va a hablar, ella lo ataja con un último esfuerzo.) No sigas. Ahórrate decirlo... Que me sacrificaste a Gracia, a la que amabas...

JUAN.—No pensaba eso, pero debía pensarlo y odiarte por ello mil veces... Peor que sacrificarla; sin valor para darle el golpe decisivo, he torturado sin piedad su pobre corazoncito confiado; la he hecho llorar lágrimas que tú, traidora de todos los afectos, no podrás jamás comprender... A ella, que te quiere, que te defiende, que llora por tí, que cree en tí... Eres una infame, una histérica vulgar... Y yo te daba mi vida; a tí... a tí... Y soñaba en un hogar... hogar, tú... otro como el que formaste...

ELVIRA.—Fórmalo con Gracia... Ya no me haces falta. Te devuelvo a ella... Ella coserá pañales, zurcirá calcetines, te obsequiará con valsos sentimentales en la luna de miel; más tarde con berridos de niños... Cástele con Gracia.

JUAN.—(Como sugestionado.) Cumpliría con mi deber...

ELVIRA.—¿Ves? Y con la conciencia tranquila serías más feliz aún... Serían los dos inefablemente felices... Gracia...

JUAN.—(Reaccionando.) Cállate. No la nombres que la manchas, que la profanas. (Pausa. Se miran largamente. Elvira se apreta la cabeza con las dos manos y habla como fastidiada.)

ELVIRA.—Hazme un favor, vete. Me han horripilado siempre las cosas ridículas. Esta escena supera todo lo ridículo... Vete... Mañana, pasado, cuando reflexiones, vuelve a darme las gracias.

JUAN.—(La mira largamente con ojos de odio.) Mañana sólo serás para mí un mal recuerdo. No quiero volverte a ver jamás. Pero, gracias, por haberte desenmascarado a tiempo. Adiós. (Medio mutis. Ella queda en la misma postura, escuchándolo con toda el alma. Al sentirlo que vuelve, disimula con un esfuerzo enorme. Toma un libro y se pone a leer indiferente. El la mira ansioso)

y luego sale con un gesto de odio. Pausa.)

ELVIRA.—(Ella escucha. Cuando siente que se ha ido del todo, se levanta, tiende los brazos hacia la puerta y anda unos pasos gimiendo:) ¡Ciego! ¡Ciego!... (Y cae de rodillas llorando. Obscurece y ella sigue en la misma postura. Entra GLORIA.)

ESCENA XIX

ELVIRA y GLORIA

GLORIA.—Elvira... (La levanta; ella va a hablar.) No me digas nada... Lo vi... qué has hecho... ¿Qué has hecho, Elvira? Y nos vamos. Puedes salir esta noche...

ELVIRA.—Ha sido demasiado... Era lo único que tuve en la vida...

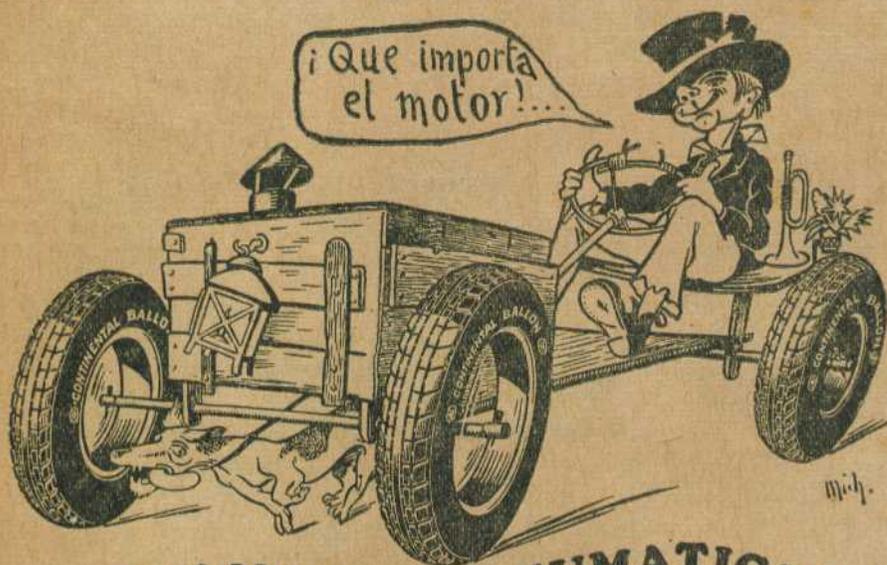
GLORIA.—Ya olvidarás... Nos iremos lejos...

ELVIRA.—Hasta de tus hijos...

GLORIA.—Nunca estarán más lejos que ahora... Hay que huir... Nos han vencido, nos han vencido las gentes vulgares, las gentes felices, esas que tienen el secreto de la vida...

ELVIRA.—(Sollozando.) Pero nosotras... nosotras también lloramos... (Lloran abrazadas.)

TELON



USANDO NEUMATICOS

Continental



LOS AFICIONADOS - ARTISTAS

SOCIEDADES - CINEMATOGRAFIAS

deben recordar que las mejores pelucas, bigotes, pinturas y todo lo necesario para una buena caracterización, han de hallarlo en la PELUQUERIA PARA TEATROS

J. ARDUINO y Cía.

Su reconocida competencia en el ramo y el hecho de ser fundada en 1903, la coloca entre las primeras y las mejores casas del ramo

MONTEVIDEO 137

:-:

U. T. 38 Mayo 3770

Buenos Aires

Los pedidos del interior se atienden en el día

IMPORTANTE:

- ¿Desea adquirir un número de la Revista Teatral "LA ESCENA"?
- ¿Necesita usted la colección completa de esta Revista?
- ¿Le hace falta a usted un número que le haya sido imposible encontrar en otra parte, por estar agotado?

Dirijase hoy mismo a la Librería de

JOSE VIDAL

CORRIENTES 1307

Unión Telef. 38 Mayo. 0638

Posee el mejor surtido de Obras Teatrales, Nacionales y Extranjeras

LA ESCENA

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

CAPITAL:

INTERIOR:

Trimestre	\$ 2.40	Trimestre	\$ 3.—
Semestre	" 4.80	Semestre	" 6.—
Año	" 9.—	Año	" 12.—

Número suelto, en la Capital: \$ 0.20. — Interior: \$ 0.25

Los números atrasados de más de TRES meses
\$ 0.30 en la Capital e Interior.

Concesionarios para la Capital, RUBLI Hnos.

LOS ACTORES CELEBRAN SUS EXITOS

CON



EL APERITIVO QUE RECOMIENDAN LOS MEDICOS - 25 AÑOS DE EXITO -



LOS ASES DEL TEATRO NACIONAL USAN CALZADO

ZAPATOS

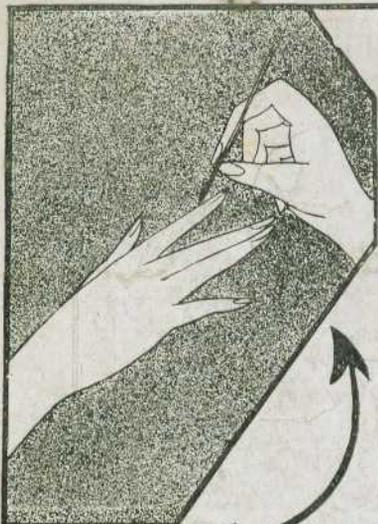
\$ 22

OSCARIA

BOTINES

\$ 24

Fabricantes: UBOLDI y Cia.



Manicura

Ondulación Permanente

"INDEFRISABLE"

Precio \$ 15.00

Corte de melena .. \$ 1.00

Ondul. al agua .. , 2.50

Ondul. Marcel .. , 1.50

Lav. y ond. Marcel .. 3.50

Lav. y ond. al agua .. 4.00



Ondulación permanente

ABONO A TRES SERVICIOS \$ 2.50

Palacio del Peinado

Ondulación al agua



Masajes c/aplic. Rayos Ultravioletas \$ 5.00

Depilación de cejas \$ 1.50

Manicura \$ 1.50

Tinturas 15.00

Decoloración , 5.00

Masajes con aplic. Rayos Ultravioletas

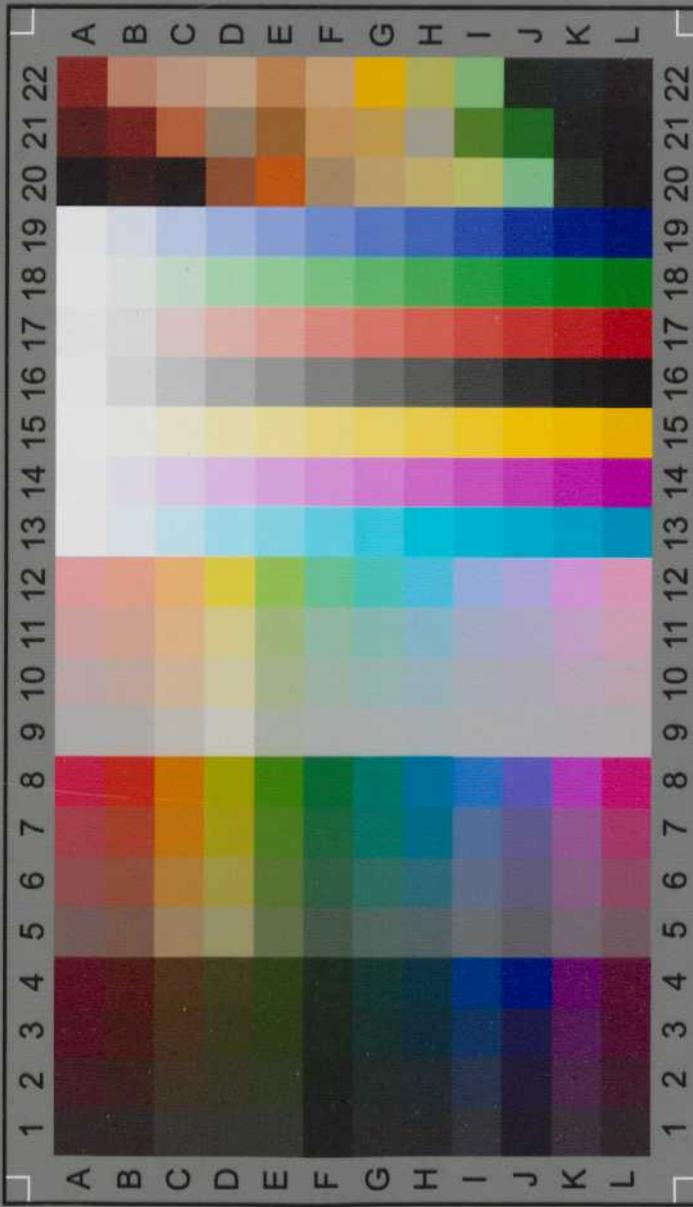


532
ESMERALDA

entre Lavalle y Tucumán

U. T. 35, Libertad 0421

:: BUENOS AIRES ::



Printed on Kodak Professional Paper - Made by Wolf Faust (www.coloraid.de)

Charge: R100204

IT8.7/2-1993

2010:02

Original
Columbia